

6230

EMILIO MARIO (HIJO)

—
—

EL
LIBRE CAMBIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

—
EDICIÓN ÚNICA
—

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

1896

17



EL LIBRE CAMBIO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Esta edición tiene por único objeto facilitar á las empresas ejemplares para poner la obra en escena y apuntarla, quedando en absoluto prohibida la venta de ellos y haciendo responsables á los directores de las compañías de los que les sean entregados.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

~~~~~

Para representar esta obra será necesario obtener previamente permiso de la casa editorial.

Cedaceros, 4, segundo.

EMILIO MARIO (HIJO)

---

**EL**

# LIBRE CAMBIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA la  
tarde del 24 de Diciembre de 1895

---

EDICIÓN ÚNICA

---

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

*Teléfono número 551*

—  
1896



EXCMO. SEÑOR

Don José Figueroa y Torres

VIZCONDE DE IRUESTE



*A la iniciativa de usted debo el haber emprendido este trabajo y es justo que su nombre honre la primera página de mi modesta labor.*

B. S. M.

*Emilio Mario (hijo)*



# REPARTO



## PERSONAJES

## ACTORES

|                                              |                              |
|----------------------------------------------|------------------------------|
| AMALIA (30 años).....                        | D. <sup>a</sup> María Tubau. |
| JOSEFINA (30 íd.).....                       | Carmen Bernal:               |
| VIUDA DE ANDANA (35 íd.).....                | María Cancio.                |
| ROSA (20 íd.).....                           | Elvira Rojas.                |
| SABINA (portera, 60 íd.).....                | Carolina Fernández.          |
| PEPITO JIMÉNEZ (55 íd.).....                 | D. Emilio Mario.             |
| MANUEL (35 íd.).....                         | Emilio Thuillier.            |
| EMILIO (35 íd.).....                         | Juan Balaguer.               |
| FERNANDO GOSALVEZ (General, 60<br>ídem)..... | Luis Villanova.              |
| FRANCISCO.....                               | Enrique Martínez.            |
| PERICO.....                                  | Pedro Vázquez.               |
| UN PORTERO.....                              | N. N.                        |
| CABALLERO 1. <sup>o</sup> .....              | N. N.                        |
| IDEM 2. <sup>o</sup> .....                   | N. N.                        |
| IDEM 3. <sup>o</sup> .....                   | N. N.                        |
| IDEM 4. <sup>o</sup> .....                   | N. N.                        |

---

Por derecha é izquierda las del actor



---

---

# ACTO PRIMERO

---

Gabinete ochavado. En los primeros términos, derecha é izquierda, dos puertas y otras dos en las ochavas. En el foro chimenea encendida, encima espejo, delante pantalla; delante también y algo sesgadas, dos butaquitas; á los costados de la chimenea muebles de capricho repletos de figuras, muñecos, juguetes, etc., etc. En primer término de la escena, y á la derecha, dos butacas ó marquesitas; á la izquierda velador y sillas volantes; sobre el velador varios periódicos ilustrados y una copa de Champagne vacía. Sobre la chimenea, candelabros; araña pendiente del centro, todo encendido, de manera que la escena resulte profusamente iluminada. Riqueza y gusto. Al levantarse la cortina se oyen, algo lejanos, de modo que no interrumpen la representación, los acordes de la orquesta que ejecuta los últimos compases de un rigodón.

## ESCENA PRIMERA

EL GENERAL, VIUDA DE ANDANA y PEDRO. El General sentado junto al velador examina atentamente uno de los periódicos. Pequeña pausa.

- VIUDA (Segunda derecha.) General, á usted buscaba. ¿Cómo por estos sitios tan retirados? ¿No baila usted?
- GEN. (Levantándose.) ¡Señora, á mi edad! El cabello blanco y las borlas del fagín entienden poco de dar volteretas.
- VIUDA Paso por lo primero, pero en cuanto á lo segundo... ¿Usted cree que los militares no deben bailar?
- GEN. Sí, en el campo de batalla, y al compás de

- los cañonazos. Marte y Terpsícore fueron siempre enemigos declarados.
- VIUDA No tanto. En fin, yo que me consideraba tan honrada con verle en mis salones, siento haberle, quizá, proporcionado una molestia.
- GEN. Molestia, nunca. El placer de ponerme á sus pies vale por todos los contratiempos de una campaña.
- VIUDA Delicada galantería, digna de un bizarro militar.
- GEN. ¡Bien puede usted decir que me ha sacado de mis casillas! Francamente, yo no quería venir, pero mis sobrinos dijeron que faltar á tan amable invitación fuera grosería, y ¿qué hacerle? he venido.
- VIUDA Nunca se lo agradeceré bastante.
- GEN. Eso sí; agrádzcamelo usted porque la sociedad me aburre, la animación y el bullicio de los salones me marea; prefiero el orden de mis soldados.
- VIUDA ¡Una proposición, general! Organice usted un batallón de damas.
- GEN. ¡Libreme Dios! ¿La disciplina aplicada al bello sexo? ¡Lo imposible! (Termina la música.)
- VIUDA ¡Oígal
- GEN. Para ustedes esta vida tiene atractivos, pero para mí... apreturas, calor, molestias; y olvidaba lo mejor; de dos años á esta parte, he asistido á cuatro bailes que me han costado dos sombreros y dos abrigos nuevecitos.
- VIUDA ¿Cómo?
- GEN. Indefectiblemente me cambian alguna de dichas prendas, y, cosa rara, ¡siempre por otra peor! Voy creyendo que alguien se ha propuesto divertirse á mi costa.
- VIUDA Pura casualidad; en mi casa está usted libre de ello. Pero, vamos á ver; yo trato de que pase usted la velada distraído, á fin de reconciliarle con nuestras fiestas. ¿Qué haríamos?...
- GEN. ¡Oh, señora! No se ocupe usted de mí.
- VIUDA ¡Vaya! Deme usted alguna idea. Bailar, no baila; ¿juega usted?

- GEN. Algo.
- VIUDA ¿Al tresillo?
- GEN. Sí.
- VIUDA Corriente.
- GEN. ¿Va usted á acompañarme?
- VIUDA Lo siento; pero esta noche soy yo aquí el general que dirige las maniobras; le enviaré á usted á don Pepito para que le organice la partida.
- GEN. ¿Don Pepito?
- VIUDA Un amigo de la casa. Hombre agradabilísimo; ya verá usted. (Pedro, de frac y guante blanco, aparece segunda izquierda llevando una bandeja llena de copas de Champagne.) Pedro, ¿sabe usted donde está don Pepito?
- PED. Sí, señora; en el comedor, sacando los helados. (El General deja la copa vacía cambiándola por otra. Pedro espera órdenes en el foro.)
- VIUDA Pues voy á enviárselo á usted. Aquí pueden jugar sin que nadie les moleste. Prepare usted la mesa de tresillo. ¿Desea usted algo más, mi general? (Vase Pedro segundo derecha.)
- GEN. ¡Señoral No sé cómo agradecer tantas atenciones...
- VIUDA Hasta ahora. (Vase segunda derecha.)
- GEN. A los pies de usted. Es encantadora esta mujer; sobre todo desde que se quedó viuda. Si alguna vez me hubiese decidido á entrar en la acción del matrimonio hubiera deseado una compañera así; tiene tipo de generala. Exquisito Champagne. (Bebiendo la copa á pequeños sorbos.) ¡Eh, muchacho, venga otra copal (A Pedro que sale segunda derecha y atraviesa la escena.) (Cambiando la copa.) ¡Delicioso! ¿Qué marca tiene este vino?
- PED. No sé decir al señor. Lo mandó traer don Pepito.
- GEN. ¡Ah! ¡Don Pepito! Mira, haz el favor de echar una ojeada á mi abrigo, no me lo cambien. Aquí está el número. (Sacando una chapa de guardarropa.)
- PED. Descuide el señor. Don Pepito tiene muy bien montado el guardarropa y no se extra-

vía nunca prenda alguna. (Vase Pedro segunda izquierda.)

GEN. ¡Vaya con don Pepito! ¡Ese hombre es un estuche!

## ESCENA II

EL GENERAL; EMILIO y AMALIA. (Amalia y Emilio del brazo, aparecen segunda derecha.)

EMIL. Aquí no nos molestarán.

AMAL. (Rápido.) ¡Mi tío! Silencio!

GEN. ¡Adiós, sobrina! ¡Oh! Don Emilio, ¿qué es eso; ya no se baila más? (Emilio y el General se estrechan las manos.)

EMIL. Sí, señor, sino que Amalia deseaba descansar un instante.

GEN. ¡Falta te hace, hija! ¡Desde que vinimos no han parado tus pies! ¡Debes estar rendida!

AMAL. No lo crea usted.

GEN. Esa agitación no puede ser buena.

EMIL. Al contrario, general, el baile es muy sano; se hace ejercicio.

GEN. Sí, ejercicio de pantorrillas; muy saludable para los países bajos.

EMIL. ¡Já, já!

AMAL. Y usted, ¿qué se hace? ¡No se le ha visto por ninguna parte!...

GEN. ¿Qué me hago? ¡Aburrirme de lo lindo! ¡Ya os lo dije; pero no había más remedio que venir al baile de cabeza!

AMAL. ¿Por qué no dá usted una vuelta por los salones?

GEN. No. La viuda acaba de estar aquí, y me ha ofrecido organizarme una partida de tresillo.

AMAL. ¿Sí? ¡Pues aguarde usted sentado! ¡Buena tiene la cabeza! La hemos encontrado disponiéndose á bailar. ¿No es cierto?

EMIL. Sí.

GEN. ¡Eso es grave! ¡Nada, no hay más remedio que lanzarse, porque sino concluiré por dormirme! ¡Cómo me estarán hechando de menos las sábanas! (Vase por la segunda derecha.)

### ESCENA III

EMILIO y AMALIA. (Sentada en una de las butacas de la izquierda, sigue con la vista al General hasta que desaparece.)

AMAL. ¡Por fin! ¡Creí que no iba á marcharse! Ya estamos solos.

EMIL. Bueno, ya estamos solos: ¿y qué? (Mirando á todos lados con desconfianza.)

AMAL. Los instantes son preciosos. Mañana estaremos el uno lejos del otro.

EMIL. No, el uno (señalando) lejos de la otra.

AMAL. No ha habido medio de evitar el viaje.

EMIL. ¿Y á donde?

AMAL. A Galicia.

EMIL. ¡Buenos pastos! ¡y buenos aires!

AMAL. Los aires son los que han recomendado á mi marido.

EMIL. ¡Ya lo supongo! ¡Dos meses de separación!

AMAL. ¡Dos siglos! ¡Dos eternidades! ¿Qué va usted hacer sin mí?

EMIL. Ya veremos.

AMAL. ¡Olvidarme quizá en brazos de su esposa! ¡Oh! ¡aparta, idea cruel! ¡Dígame usted que no! (Agarrándole el brazo.)

EMIL. ¡No... no; tranquilícese usted! (Asustado.) ¡Esta mujer es un cohete!

AMAL. ¿Por qué se casó usted?

EMIL. ¡Qué se yo! Es una de esas atrocidades que no tienen explicación.

AMAL. ¡Ah, si fuese usted soltero!

EMIL. ¿Qué?

AMAL. Mi falta sería menos grave, porque un soltero no le debe nada á nadie.

EMIL. Según y conforme. Si me hubiese usted hecho buena esa teoría cuando yo era célibe. El caso es que no tenemos nada que echarnos en cara; ¡los dos padecemos bajo el yugo! Pero existe mucha diferencia: Josefina es joven y bonita.

AMAL. Y su marido de usted, no es, ni viejo ni feo.

EMIL. ¿A usted le gusta?



- EMIL. No, gustarme, no; pero...  
AMAL. Yo le cuento en el número de los seres vulgares.
- EMIL. Ya será algo menos.  
AMAL. ¿Quiere usted que le preste juramento?  
EMIL. Bueno, sí; júrelo usted por la salud de sus hijos. (Extendiendo la mano derecha con gravedad cómica.)
- AMAL. No los tengo. ¡Ay, Emilio! (Fuerte suspiro.)  
EMIL. ¡Señora!  
AMAL. Emilio, tenga usted plena confianza en mí; bien lo merezco; le amo á usted... mal hecho, con un amor contemplativo.
- EMIL. ¡Forzosamente contemplativo!  
AMAL. Pero que se me impone como una necesidad. Para reparar mi falta no había más que un camino: el recto.
- EMIL. ¿El recto? (Asombrado, pero sin intención.)  
AMAL. Sí, y le sigo. ¿Cuál es? Helo aquí. He decretado la muerte de mi esposo. (Sentenciosamente.)
- EMIL. ¡Amalia! (Aterrado.)  
AMAL. Su muerte moral.  
EMIL. ¡Ah!...  
AMAL. Soy estrecha de conciencia.  
EMIL. (¡Y corta de genio!)  
AMAL. No puedo engañarle á él y á usted.  
EMIL. (Claro, para muestra basta un botón.)  
AMAL. ¡Pero la idea de estos dos meses que vamos á pasar separados, me anonada! ¿Por qué no viene usted á Galicia? (Con ansiedad.)
- EMIL. Porque los aires no me hacen falta, y los pastos tampoco. Además, mi mujer es poco aficionada á viajar.
- AMAL. Si usted se empeñase...  
EMIL. ¡Me desempeñaría; es muy terca!  
AMAL. Pero al menos me escribirá usted todos los días.
- EMIL. ¿Escribirnos?... no, no es posible.  
AMAL. ¡Triste verdad! (Rápido.) ¡Ah, qué idea! La cuarta plana de *La Correspondencia*. Avisos útiles. Yo me firmaré *Cautiva* y usted *Vencedor*.
- EMIL. ¡Vencedor! ¡Parece el nombre de un caballo

- de carreras! Mejor es acudir á las letras, usted, L.
- AMAL. Y usted K; la que va delante.
- EMIL. Corriente, pero K sencilla.
- AMAL. Así nuestros cuerpos podrán estar separados, pero nuestras almas...
- EMIL. Nuestras almas unidas por la redacción.
- AMAL. ¿Pensará usted siempre en mí?
- EMIL. ¡Por segundos!
- AMAL. ¿Y relegará usted á su esposa al olvido? (Haciendo ademán afirmativo, que se supone significar, «Ni al pelo de la ropa.»)
- EMIL. Pero exijo reciprocidad.
- AMAL. ¡Es inútil; el techo conyugal me aplasta!
- EMIL. (¡Me aplastó!)
- AMAL. ¡Dos meses! ¡Sesenta días! ¿Por qué prolongar esta situación?... (Música polka.) ¡Huyamos!... (Levantándose resueltamente.)
- EMIL. Sí, vámonos de aquí: cualquiera puede vernos. (Mirando á todos lados.)
- AMAL. ¡No; huyamos lejos del hogar!
- EMIL. ¡Señora! ¿Y el escándalo? (¡Me va á robar!)
- AMAL. ¡Es verdad, el escándalo! ¡La sociedad! ¡El mundo!...
- EMIL. ¡Alguien viene! Separémonos.
- AMAL. ¡Ya! Podemos bailar.
- EMIL. Bueno. (Colocándose ambos en posición de baile.) (¡No sosiego!)
- AMAL. ¡Emilio! (Al colocar la mano izquierda en el hombro de su pareja, y como por efecto de una sacudida nerviosa, le atrae con fuerza.)
- EMIL. ¡Señora, que vamos á perder el compás! (Vanse bailando por la segunda izquierda.)

#### ESCENA IV

JOSEFINA y MANUEL, del brazo por la segunda derecha. (La colocación de los personajes en esta escena es idéntica que en la anterior)

- MAN. Aquí podemos descansar.
- JOS. ¡Mi marido!
- MAN. ¡No hay cuidado! Baila con Amalia. (Mirando hacia la segunda izquierda.)



- Jos. ¡Bueno, dese usted prisal! ¿Qué tiene que decirme?
- MAN. ¡Ay, Pepita!
- Jos. Basta. ¡Yo continuaré! La amo á usted, la adoro! ¡Por Dios y todos los santos, corresponda á esta pasión!...
- MAN. Eso es, pero si habla usted por mí, responderé yo por usted.
- Jos. Venga la respuesta.
- MAN. Un sí sostenido.
- Jos. Quiá; un no de pecho.
- MAN. ¡Ingrata! ¿Por qué esa negativa?
- Jos. ¡Porque soy casada, soy honrada y adoro á mi marido!
- MAN. ¡Valiente tontería!
- Jos. ¡Hombre, bien! Yo estaba en la creencia de que el matrimonio era un impedimento.
- MAN. ¡Si yo no pido que engañe usted á su esposo!
- Jos. ¿No?
- MAN. Solamente una esperanza... ¡Vamos!
- Jos. ¿A cuántos días fecha? Inútil al vencimiento, sería yo capaz de dejar protestar mi firma.
- MAN. ¿Sabe usted que me marchó mañana?
- Jos. Y me alegro.
- MAN. ¿No me dice usted nada?
- Jos. Feliz viaje y hasta la vuelta.
- MAN. ¡Usted no tiene corazón!
- Jos. ¡Vaya!
- MAN. ¿Qué voy á hacer este verano?
- Jos. Le daré á usted... lo único que puedo darle, un consejo fresco. Procure usted sudar lo menos posible.
- MAN. ¡Me quedo solo, completamente sólo!
- Jos. ¿Cómo sólo? ¿Y Amalia?
- MAN. ¡Amalia! No me hable usted de cosas tristes. Vamos, decídase á engañar á su marido aunque sea en broma.
- Jos. Son bromas muy pesadas. He tomado en serio el matrimonio, aunque me esté mal el decirlo. Aún no se ha borrado de mi memoria aquel sacerdote bajito, grueso, de cabellos blancos y cara bondadosa que nos dió

su bendición y al que prometimos varias cosas que, bien cumplidas, aseguran la felicidad.

- MAN. El cura que á mí me asesinó era alto y delgado como una espátula.
- JOS. Por eso salió usted tan flaco de memoria.
- MAN. Es decir, ¿que no hay medio, mujer incorruptible!
- JOS. Incorruptible. Lo que hoy por hoy equivale á decir, *chiflada*.
- MAN. ¡Fidelidad al juramento que se prestó en el altar! ó lo que es lo mismo, fidelidad al crimen cometido, porque el matrimonio...
- JOS. Es un crimen. convenido; cómplices los esposos, pero mientras un cómplice no falta á su juramento...
- MAN. ¡Ah! Es decir que si su marido...
- JOS. Si Emilio me engañase... ¡No lo quiero pensar! (Se levanta.)
- MAN. ¿Se vengaría usted?
- JOS. ¡Quizá! ¡Y en ese caso, como se vengan las mujeres!
- MAN. Basta: me doy por satisfecho.
- JOS. ¿Qué quiere usted decir?
- MAN. Nada, pero profeso de la teoría que en principio, todo marido falta á su mujer.
- JOS. ¡Suposiciones! Aquí no se trata del principio sino del postre.
- MAN. Lo sabré.
- JOS. Corriente.
- MAN. ¿Y entonces?
- JOS. Entonces hablaremos.
- MAN. No; las cosas claras. Usted ha dicho que si su marido la engañase, se vengaría. (Música mazurka.)
- JOS. Eso es.
- MAN. Yo patrocino la venganza, y si doy las pruebas...
- JOS. ¡Já, já!... ilusiones.
- MAN. Estoy tan seguro que... (Tratando de cogerle una mano.)
- JOS. ¡Chist! Las manos quietas. ¡El general!
- MAN. (Inclinándose respetuosamente y ofreciéndole el brazo.) Señora, me concede usted esta mazurka.

- JOS. (Manuel y Josefina se colocan en posición de baile.)  
Me va usted á destrozar la mano.
- MAN. Conque quedamos... (Vanse bailando ya por la segunda izquierda.)

## ESCENA V

EL GENERAL, PERICO.—El General, que aparece segunda izquierda, se cruza con Josefina y Manuel dejándoles paso y mirándolos alejarse

- GEN. Pues señor, mi sobrina baila coma una desesperada; y mi sobrino también; hasta la viuda anda dando vueltas con un sietemesino! ¡Me han mareado! ¡Esto parece una casa de locos! (Pedro segunda izquierda con la bandeja.) ¡Eh, muchacho!
- PER. ¡Señor!
- GEN. ¿Sabes donde está don Pepito?
- PER. Sí, señor; bailando.
- GEN. ¿También él? ¡Nada... lo dicho! ¿Pero no sabe ese caballero que le estoy esperando para la partida de tresillo?
- PER. Indudablemente á la señorita se la habrá olvidado el decírselo, porque acaba de pedirle que saque á bailar á una niña que estaba durmiendo,
- GEN. ¡A una niña! ¡Lástima de azotes!
- PER. Mire usted por donde viene. (Indicando segunda izquierda.)
- GEN. ¡Ah! ¿Ese es (Mirando hacia la segunda izquierda.) el célebre don Pepito? ¡Angel de Dios!
- PER. Usted lo ha dicho; un ángel.
- GEN. Con frac.
- PER. ¡Tan amable, tan cariñoso, tan complaciente que abusan de él! ¡Pobre señorito! Cuando sepa que después de la niña tiene que bailar con la mamá!
- GEN. ¿Cómo? Hay cola aguardando vez, ¿eh? Pues podía usted haber empezado por decírmelo y no esperaría con mi santa paciencia! (Dirigiéndose muy incomodado hacia la segunda derecha.) ¡Llévese el diablo al baile, al tresillo, á don

Pepito y á toda su castal ¡Lástima de metral-  
la! (vase.—Cesa la música.)

PER. ¡Fuego! ¡Buena andanada! ¡Se le ha incendi-  
diado la Santa Bárbara! ¡Vaya un genio!

## ESCENA VI

PERICO, DON PEPITO segunda izquierda

PEP. ¡No puedo más! ¡Pedro, dadme algo que be-  
ber; estoy sudando tinta! (sentándose.)

PER. Aquí tiene usted. (Acercándole la bandeja.)

PEP. (Bebiendo una copa de Champagne.) Es un verda-  
dero martirio bailar con esa niña! ¡Ni andar  
sabe la pobrecita; he tenido que ir hecho  
una ecétera: me ha salteado los riñones. (Lim-  
piándose el sudor.)

PER. Ya le he visto á usted... ¡Pues anda que le  
espera á usted otra!...

PEP. ¿Cuál?

PER. Me ha encargado la señorita que saque us-  
ted á la mamá de esa niña.

PEP. ¿De dónde la he de sacar? ¿Del Purgatorio?  
¡Porque se murió hace tres años!

PER. Bueno; á la señora que viene con ella.

PEP. ¿Su abuela?

PER. ¡Eso será!

PEP. ¡María Santísima! Una contemporánea de  
Godoy, que pesa lo menos media tonelada.

PER. Por eso. No le ha encontrado pareja.

PEP. ¡Claro! ¡Y aquí estoy yo como si fuese... mozo  
de cuerda!

PER. ¡Ah! También le espera á usted un señor  
para jugar al tresillo.

PEP. ¡Bravo! ¡Y van tres!

PER. ¡Con un genio que tiene!... ¡No ha querido  
esperar y se ha marchado echando bombas!

PEP. ¡Canario!

PER. ¿Desea usted algo más?

PEP. ¡No, hombre, no! ¡Ya me dejas tarea!... (vase  
Pedro segunda derecha.) ¡Conque la dama del  
baile y el señor de las bombas!... ¡Ah, padre  
Adán, cuando por la dichosa manzanita

fuiste causa de que nos obligaran á ganar el pan con el sudor de la frente, nos hiciste un flaco servicio!

## ESCENA VII

DON PEPITO y EMILIO; éste por la segunda derecha, preocupado, dice el monólogo mirando hacia el referido término y volviendo la espalda á Don Pepito, en cuyo personaje no reparará hasta que lo indique el diálogo

EMIL. ¡Qué mujer! Es un verdadero castigo de la Providencia. ¡Gracias á que hemos tropezado con su marido, y allá se queda con éll! ¡En qué hora se me ocurriría la idea de hacerle el amor! ¡Es una romántica fin de siglo, desesperante! ¡Y nada, no hay forma de concluir! ¡Dice que se tira por el viaducto, y se tiral! ¡Vaya si se tiral! (Reparando en Don Pepito.) ¡Ah, caballero!... No había reparado. Beso á usted la mano. ¡Calle, señor Jiménez!

PEP. ¡Don Emilio! (Estrechándose las manos.)

EMIL. ¡Quién había de pensar encontrarle á usted por aquí! ¿Desde cuándo?

PEP. Hace dos años.

EMIL. ¡Vaya, vaya!... ¿Entonces dejó usted á Villarte poco después que yo?

PEP. En seguida.

EMIL. ¿Y cómo?

PEP. Estaba ya de pueblo hasta más no poder. Fuí de maestro de escuela, porque no había otra cosa, y me pasé once meses desasnando burros sin cobrar un céntimo.

EMIL. ¿No pagaban?

PEP. ¡Qué habían de pagar! Allí profesan la teoría de que, para ser bárbaros, no se necesitan estudios, y tienen razón.

EMIL. Pues usted no vivía mal.

PEP. Regular; gracias á mi carácter. Lo mismo sirvo para un fregado que para un barrido. Allí recorrió mi amor toda la escala. Secretario del juzgado, del Ayuntamiento, maes-



tro de escuela, y creo que si me apuran hasta cura párroco.

EMIL. ¡Siempre de buen humor!

PEP. Es mi única hacienda.

EMIL. Recordaré toda mi vida con deleite aquella temporadita en que, para reponer mi salud, me recomendaron á Villarte, provincia de Cuenca, quinientos vecinos...

PEP. Y gran pueblo de pesca, á pesar de no tener río.

EMIL. Tuve la fortuna de tropezar con usted...

PEP. Aquello fué un traspíés.

EMIL. Y, por mi parte, lo pasé á las mil maravillas. ¿Se acuerda usted de Flora? Aquella morena... (Con intención.)

PEP. ¡Vaya! ¡Una Flora que ni de encargo para estudiar botánica!

EMIL. ¡Alta, garrida, morena clara; una mujer con circunstancias!

PEP. Agravantes...

EMIL. ¡De formas esculturales! ¿No era sobrina del cura?

PEP. ¡Sí; los curas de aquel pueblo han tenido cada sobrina que cantaba el credo!

EMIL. ¡Oiga usted, y no se comía mal en Villarte!

PEP. ¡Ya lo creo!

EMIL. ¡Tenía usted un diente!...

PEP. ¿Uno? Varios, y algunas muelas; la dentadura fué lo mejor que me dejaron mis padres.

EMIL. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Ya no volverán!

PEP. ¡Ni lo permita Dios! Quedé tan harto, que en una visita que hizo el diputado del distrito, me agarré á sus faldones, y si no me consigue, como me consiguió, una credencial en Hacienda, se los arranco!

EMIL. Y continúa usted en Hacienda, ¿eh?

PEP. Para servir á su excelencia y á usted. Tengo un sueldecillo de ocho mil, reales por supuesto, que con el descuento se reducen aproximadamente á cuatro mil quinientos.

EMIL. No es mucho.

PEP. Opinamos de idéntica manera.

EMIL. Pero, vamos, ¿tendrá usted rentas?

- PEP. Estancadas.
- EMIL. Pues, amigo, no comprendo cómo puede usted alternar... La vida de Madrid es cara.
- PEP. A mí me sale por una friolera. Los trescientos sesenta y cinco días del año, ó sesenta y seis, si es bisiesto, me los paso de servilleta prendida.
- EMIL. Por lo visto, estaba usted bien relacionado.
- PEP. Nada de eso. Cuando vine aquí no conocía un alma; pero, poco á poco, una puerta me abrió otra: esas dos, cuatro y así sucesivamente, hasta tenerlas todas de par en par.
- EMIL. ¡Yal!
- PEP. Mis escasos medios no me permiten corresponder con otros á los favores que recibo, y pago en servicios.
- EMIL. El libre cambio.
- PEP. Justo. Fuera de las horas de oficina pertenezco en cuerpo y alma á mis anfitriones. Hay un banquete, yo arreglo la mesa, marco los puestos, hago el *menú* y rompo los brindis. Viene un bautizo, yo me entiendo con el cura, el sacristán y los monaguillos. ¡Que tenemos un entierro!...
- EMIL. Usted carga con el muerto.
- PEP. No tanto; pero casi, casi: prodigo toda clase de consuelos á la familia... etc., etc... ¡Ah, y tengo un partido con las damas!... en el buen sentido, ¿eh? La mujer es el primer escalón de todo el que pretende. Que hace falta un palco para el Real ó la Comedia... *allá va don Pepito*. La modista no me trae el traje... *allá va don Pepito*. Hay que dar un baile... los objetos para el cotillón, el guardarropa, el brazo para las señoras: *jallá va don Pepito!*
- EMIL. Y vamos viviendo.
- PEP. Y comiendo.
- EMIL. Es usted un filósofo. (Riéndose.)
- PEP. Pues, además de todo lo dicho, siempre tengo un paraguas nuevecito.
- EMIL. ¡Cómo!
- PEP. Me explicaré. Como decía, tengo un paraguas y sigo el consejo de los ingleses; cuan-



do hace sol siempre va conmigo, y cuando llueve también. Lo presto, no me lo devuelven. Voy á recogerlo, me ofrecen la casa y suele caer algo: es uno de mis resortes.

EMIL.

Admiro ese vasto plan de campaña.

PEP.

Solo así se puede ir trampeando. Vivo en Chamberí, el barrio más sano. Trafalgar, 60, piso quinto interior, con vistas al Escorial. Allí tiene usted su casa. La portera me arregla el cuarto, me lava la ropa y me hace el desayuno, invariable jícara de chocolate con medio panecillo.

EMIL.

(Riendo.) ¡Já, já! Es usted un estuche. Vaya, quiero que recordemos los buenos tiempos en que nos conocimos. Vendrá usted un día á comer á casa.

PEP.

Con mucho gusto.

EMIL.

Así conocerá usted también á mi mujer.

PEP.

¿Se casó usted?

EMIL.

Hace año y medio. Conque, ¿le esperamos el martes?

PEP.

Aguarde usted... el martes... (Sacando la cartera y consultando el cuaderno de apuntaciones.) es... 12; no puede ser; el día 12 pertenece á los de Infante. Pero tengo un ambo libre, el 15 y el 27.

EMIL.

Bueno, pues el 15.

PEP.

Mensual, convenido.

EMIL.

¿Eh? (Con extrañeza.)

PEP.

Voy á apuntarle á usted. (Disponiéndose á apuntar.)

EMIL.

¿Qué es eso, una lista?

PEP.

Sí, señor; la lista grande.

EMIL.

¿Se puede ver?

PEP.

Usted dispense, pero tiene notas reservadas y...

EMIL.

¿Secretos de Estado?

PEP.

No; sencillamente los nombres y apellidos, con algunas observaciones, de las personas con quienes tengo el honor de comer. Voy siendo ya viejo. La memoria me es infiel, y tengo por sabido (Marcado.) *que en todas las casas hay siempre algo de lo que no se debe hablar.*

- EMIL. Pensamiento profundo, digno de un diplomático.
- PEP. En consecuencia, anoto aquí la crónica reservada de cada quisque, y todos los días antes de salir de casa, consulto el repertorio; de este modo no suelo ser indiscreto y vivo con todos.
- EMIL. Esa crónica despierta mi curiosidad.
- PEP. Pues voy á satisfacerla hasta el límite posible. (Leyendo.) Señores de X; suprimo el nombre.
- EMIL. Es natural.
- PEP. No hablarles nunca bien de Galicia.
- EMIL. ¿Cómo?
- PEP. Son asturianos.
- EMIL. ¡Já, já!
- PEP. Señor de N, concejal. Nada de consumos; uso interno.
- EMIL. Agítese al usarlo.
- PEP. Todo lo contrario... y así sucesivamente. (Música, schotis.) A propósito: puesto que voy á tener el honor de frecuentar su casa, no estaría de más que me dijese si hay algo que pueda molestar á su señora.
- EMIL. Gracias, es inútil; no tenemos nada reservado. Dispéñseme usted, he comprometido este schotis.
- PEP. Es usted muy dueño. Quedamos en que el 15.
- EMIL. Sí, sí.
- PEP. Si prefiere usted el 27, me es lo mismo.
- EMIL. Y á mí. Conque tanto gusto en haberle visto. (Dándose las manos.)
- PEP. El gusto ha sido mío. Beso á usted la mano.
- EMIL. Hasta luego. (Buen ejemplar de gorrón.) (Vase segunda derecha.)

## ESCENA VIII

PEPITO. VIUDA DE ANDANA

- PEP. ¡No tienen nada reservado! Ya será algo menos. Todos dicen lo mismo, y luego... Voy á abrirle cuenta corriente. (Apuntando.)

Emilio Ustáriz, día 15... ahora tomaré informes. Ea, ya tenemos otro diita asegurado. Vamos á ocuparnos del cotillón. ¿Dónde habré metido la lista?

VIUDA (Segunda derecha.) ¿Pero usted aquí, don Pepito?

PEP. Sí, señora.

VIUDA Y la de González esperando; se ha empeñado en bailar, y la he prometido que usted sería pareja.

PEP. (¡La abuela de la niña! Ya se me había olvidado.) Voy en seguida.

VIUDA Y después á ocuparse del buffet y del cotillón; no hay que olvidar nada. ¡Jesús, no sé cómo tiene una cabeza para pensar en tanto detalle! (vase segunda izquierda.)

PEP. ¡Ya lo creo! Unos cardan la lana... Ea, vamos al sacrificio. Si pudiera encajar á esa señora el día 27... ¡Ah! me olvidaba. (Medio mutis. Mirando el cuaderno de la cartera.) González, González... González... ¡Cuidado que hay González! Aquí está. Señora de González, doña Robustiana Ballenas. ¿Qué ballenas serán estas? ¡Ah! ya caigo; tiene horror á los cetáceos. Vamos allá. (vase segunda izquierda.)

## ESCENA IX

MANUEL. Después EMILIO

MAN. (Segunda derecha.) No consigo nada. Esa mujer es una Vestal, pero Vestal á condición, porque si su marido la engaña, y la engaña de seguro... Emilio ha sido siempre aficionado á las hijas de Eva. La cuestión está en saber dónde hace el nido. (Mirando hacia la segunda derecha.) ¡El! Si sonsacándole con maña hablaste... veremos.

EMIL. (Segunda derecha.) ¡Hola, chico!

MAN. ¿Qué, no bailas?

EMIL. He invitado á tu mujer y dice que se encuentra indispueta.

MAN. ¡Bah! Serán los nervios. Enfermedad feme-

nina para la que no existe más panacea que la paciencia á grandes dosis.

EMIL. Yo tengo otra receta con la que voy tirando. Toma de sombrero y á la calle, mientras se despeja la atmósfera.

MAN. ¡No es mal medio!

EMIL. Pero viejo. Lo mismo hacía Fernando el Católico cuando Isabel se ponía en estado interesante. La ciencia ha adelantado muy poco.

MAN. Conque toma de sombrero y á la calle, á buscar el apañito, ó el cocido, como ahora se dice.

EMIL. ¿Qué cocido?

MAN. Mira, á mí no me vengas con hipocresías.

EMIL. ¡No te entiendo!

MAN. Yo sé positivamente que se la pegas á tu mujer.

EMIL. Pues, chico, te felicito, porque sabes más que yo.

MAN. ¡Ah! ¿No se la pegas?

EMIL. ¡Vete á paseo!

MAN. Entonces el matrimonio te ha vuelto del revés, porque cuando estudiábamos Filosofía, nos decías aquello de: (En tono de discurso.) «El hombre es un animal sociable; ama por espíritu, se casa por fatalidad, llega á constituir uno, con la persona amada, de donde nace la soledad de dos en compañía, y busca entonces, arrastrado por fuerza irresistible, una tercera persona.»

EMIL. Teorías de estudiante.

MAN. Comprendido. Será una mujer casada: alguna paloma que gime en la esclavitud y á quien tú consuelas.

EMIL. Nada de palomas ni gemidos; ¡no te remon-tes como la manzanilla!

MAN. Si yo no se lo he de decir á nadie. (Insistiendo.)

EMIL. ¡Y dale! ¿Sabes que me estás haciendo pensar una cosa? Que debes ser un pillo redomado, porque cree el ladrón que...

MAN. Te equivocas, mis negocios no me dejan tiempo. Yo la Bolsa...

- EMIL. O la vida.  
MAN. No, la Bolsa y mi mujer. (¡No hay quien le arranque una palabra!)
- EMIL. (¿Si sospechará éste?). (Se oyen fuertes carcajadas y aplausos hacia la segunda izquierda.)
- MAN. ¿Qué es eso? (Acercándose segunda izquierda.) ¡Já, já! ¡Vaya un espectáculo!
- EMIL. (Aproximándose al mismo término.) ¡Pero es una mujer ó un barco de carga! ¡Y la arrastra don Pepito!
- MAN. Sí. (Viniendo á primer término.)
- EMIL. ¿Le conoces?
- MAN. Hace mucho tiempo: me lo encuentro en todas partes. Es una especie de parásito. (Cesa la música.)
- EMIL. Parásito muy original. Figúrate que tiene en su cartera una lista de todas las casas en donde come, y anotada la vida y milagros de cada anfitrión, con el objeto de no hablar á ninguno de aquello que pueda molestarle.
- MAN. Seguro sobre el estómago.
- EMIL. Voy á ver qué se miente por los salones. (Dirigiéndose segunda derecha.)
- MAN. ¡Adiós, Catón!
- EMIL. ¡Adiós, Catecismo! (Deteniéndose al ver á don Pepito que entra segunda izquierda.) ¡Bravo, don Pepito, ha estado usted hecho un héroe!
- PEP. ¿Me han visto ustedes? (Visiblemente cansado y limpiándose el sudor.)
- MAN. Dirigiendo la maniobra como un consumado piloto.
- PEP. ¡He corrido un temporal!
- MAN. (¡Calle! Este que conoce la vida y milagros puede que sepa...)
- EMIL. ¿Te quedas?
- MAN. No, voy. (Vanse juntos segunda derecha.)

## ESCENA X

DON PEPITO. Después MANUEL

- PEP. ¡Estoy molido! Y no he podido conseguir nada: precisamente el día 27 no come, es decir, no come en su casa. Pero en lo tocante



- à noticias ya es otra cosa; esa mujer no tendría precio para reporter de un periódico. ¡Y qué lengüecita de hacha!... me ha contado la vida y milagros de todos estos señores. Apuntemos antes que se me olvide. (Sacando la cartera.) Día 15: Emilio Ustáriz. (Ojo), tiene relaciones íntimas con la señora de su amigo don Manuel Menéndez y viceversa, el Manuel, etc... bueno (Continúa apuntando.)
- MAN. (Segunda derecha.) (He dejado á Emilio entretenido para que no sospeche. Vamos á ver si éste sabe algo.) ¿Se descansa, don Pepito?
- PEP. Bien lo merezco. ¿Usted sabe lo que es hacer bailar esa mole?
- MAN. Afortunadamente no. ¡Pocos tienen esa abnegación!
- PEP. ¡Qué remedio!
- MAN. Usted es un hombre que está de non; hace poco se lo decía á Emilio.
- PEP. ¿Es usted amigo suyo?
- MAN. Desde la niñez. ¿Y usted?
- PEP. También: pero no desde la niñez, ¿eh? Pasamos juntos un verano delicioso, y ahora al reanudar nuestras relaciones me ha invitado á comer un día por mes.
- MAN. Le envidio, y si fuese posible, me consideraría muy honrado con poder invitar á usted de igual forma.
- PEP. El honrado sería yo; pero podemos concertar fácilmente la honra de ambos: el día 27 lo tengo vacante. (Vuelve á sacar la cartera.)
- MAN. Pues lo dicho.
- PEP. (¡Vamos, que la nohecita es aprovechada!) (Anotando.)
- MAN. Mañana nos vamos á Galicia.
- PEP. ¡Entonces!
- MAN. Pero regresaremos dentro de dos meses...
- PEP. Convenido.
- MAN. (Al grano.) ¿Qué buen muchacho es Ustáriz, ¿verdad?
- PEP. Excelente.
- MAN. ¡Lástima que tenga la cabeza á pájaros!
- PEP. ¿Cómo?

- MAN. Yo le quiero y sentiré que el mejor día se  
encuentre con un disgusto, porque un hom-  
bre casado que falta á sus deberes...
- PEP. Pero usted sabe...
- MAN. ¿Y quién lo ignora? Tiene una querida. Pero  
es muy zorro... disimula admirablemente, y  
se sabe que la dama existe, pero no se la  
conoce.
- PEP. Yo la conozco. (Con misterio.)
- MAN. ¡Qué me dice usted!
- PEP. Que no hace diez minutos me la han ense-  
ñado.
- MAN. ¿Luego está aquí?
- PEP. ¡Claro; y es una real moza!
- MAN. ¿Su nombre?
- PEP. Lo ignoro: pero calle usted (Mirando hacia la  
segunda derecha.) Precisamente hacia aquí vie-  
ne la interesada. (Viendo á Amalia que aparece se-  
gunda derecha.)
- MAN. Silencio; mi mujer.
- PEP. Su mu... ¡Caracoles, qué iba yo á hacer!... (se  
retira hacia la izquierda.)

## ESCENA XI

DICHOS y AMALIA

- AMAL. ¿Nos vamos?
- MAN. ¿Ya?
- AMAL. Me encuentro indispuesta, y ha sido preciso  
que venga á decírtelo, porque como no has  
tenido la galantería de acercarte á mí en to-  
da la noche...
- MAN. Si hubiera sabido...
- AMAL. Es usted muy fino. (Con retintín.)
- MAN. ¿Empezamos ya con las historias de siem-  
pre?... ¡Sabes que me molestan las tonterías!
- PEP. (A Manuel.) Presénteme usted.
- MAN. Amalia, tengo el gusto de presentarte á mi  
amigo don José Jiménez.
- PEP. (Inclinándose con exquisita finura.) Conocido ge-



- neralmente por don Pepito. A los pies de usted, señora.
- AMAL. Beso á usted la mano. Conque, ¿nos vamos?  
(A Manuel.)
- MAN. Al momento: concluiré la conversación que tenía con este caballero é iré á buscarte. (vase Amalia segunda derecha acompañada por Manuel que vuelve.)
- PEP. Que sea enhorabuena; ¡su señora de usted vale un imperio!
- MAN. Ea, ya estamos solos. Pronto esa mujer...
- PEP. ¿Qué mujer?
- MAN. La de antes.
- PEP. ¡Ah, sí! Pues mire usted, tenemos mala sombra; mientras hemos estado hablando se ha marchado.
- MAN. ¿No venía hacia aquí?
- PEP. Sí, pero sin duda se ha arrepentido en el camino.
- MAN. Sus señas.
- PEP. (¡También las señas!)
- MAN. ¿Es baja?
- PEP. No.
- MAN. ¿Morena?
- PEP. Tampoco. Mire usted, no sé el verdadero color, porque se tiñe.
- MAN. ¿Es alta?
- PEP. Ni alta ni baja; estatura regular; ni gruesa ni delgada, carnes regulares. (¡Y plancha regular si me escurro!)
- MAN. Lo que es con esos detalles...
- PEP. Si tiene usted mucho interés...
- MAN. No; sencillamente curiosidad. (Afectando indiferencia.)
- PEP. ¿Con que hemos quedado en que el día vientesiete comemos juntos? (Continúan hablando.)

## ESCENA XII

DICHOS, y por la segunda derecha, EL GENERAL dando el brazo á la VIUDA DE ANDANA, detrás CABALLEROS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, después EMILIO y JOSEFINA

VIUDA Ya estamos en el campo de operaciones. ¡Bien he agotado su paciencia, General! Merezco un castigo, pero, en calidad de viuda, no tengo brazo que me defienda y espero que aplazará usted la venganza.

GEN. Señora, la venganza es el placer de los Dioses, pero yo soy muy terrestre y no me permito esos dispendios.

VIUDA Entonces firmamos las paces. (Dándole la mano, que estrecha el General.) Estos caballeros le harán á usted compañía y don Pepito los honores. (Llamándole.) Venga usted acá. (Haciendo la presentación.) El General Gosálvez, don Pepito Jiménez. (Pedro, ayudado por otro criado, saca la mesa de tresillo con cuatro barajas, colocándola en el centro de la escena.)

PEP. Tengo un verdadero placer. (La Viuda se retira un poco hacia el foro formando grupo con los Caballeros y Manuel.)

GEN. Hombre, y yo también. Hace dos horas que su nombre me viene saliendo al encuentro á cada paso.

VIUDA ¡Mi General, á sus órdenes! (Cuadrándose militarmente.)

GEN. (Idem.) Mi Viuda... es decir, no... mi... no encuentro tratamiento... en fin, señora, á sus piés. (Vase la Viuda segunda izquierda.)

PEP. ¿Qué va á ser? ¿Un tresillo? (Dirigiéndose á los personajes.)

CAB. 1.º Somos muchos y no creo que ninguno se resigne con el puesto de mirón.

CAB. 2.º 3.º No, no.

PEP. ¡Bueno, pues entonces dos tresillos ó un écarté!

MAN. ¡Déjense ustedes de combinaciones... un montecito modesto!

- GEN. Eso es; al monte todo el mundo. (Contrariado.)
- PEP. Yo tallaré cinco pesetas.
- MAN. ¡Vaya usted á paseo!
- CAB. 2.º Tallo cien luises.
- PEP. (¡Y un jamón!)
- MAN. Señores, se trata sólo de pasar el rato; nada de locuras. Yo tallo cincuenta duritos, ¿eh?
- PEP. Aprobado por unanimidad. (Manuel toma asiento en la mesa frente al público rodeado por los Caballeros y Pepito; estos de pié. Saca el dinero, baraja y se dispone á tallar.)
- GEN. ¡Por unanimidad no; mi voto en contra y protesto. ¡Viciosos! (Incomodado y retirándose á la izquierda.)
- EMIL. (Segunda derecha.) ¿Qué es eso; ya está armada la timba? La idea es tuya, de seguro. (Dirigiéndose á Manuel.)
- MAN. No digas eso; se van á figurar estos señores que soy aficionado á verlas venir.
- EMIL. A verlas venir y á esperarlas.
- PEP. Vamos, General, un golpecito.
- GEN. (Incomodado.) Una paliza es lo que merecen ustedes. (Paseándose.)
- MAN. Va juego. (Tirando las dos primeras cartas. Las barajas estarán preparadas de modo que salgan las cartas por el orden que indica el diálogo.)
- EMIL. Siete y sota. Animo, don Pepito; son dos cartas preciosas.
- PEP. Eso luego lo veremos. Pero no me inspiran simpatías. (El General, que estará algo separado de los jugadores y visiblemente inquieto, se acerca dos veces con indecisión y mirando de reojo las cartas dice de pronto con voz fuerte.)
- GEN. ¡Cinco duros á la sota! (Carcajadas en el grupo de jugadores.)
- MAN. Tío, no lo consiento. ¡Haga usted el favor de no acercarse! ¡El vicio es contagioso!
- GEN. Lo hago sólo por distraerme, y, sobre todo, ustedes tienen la culpa.
- EMIL. Adelante, chico. El General tiene veinticinco cumplidos, ¿no es verdad?
- GEN. ¿Veinticinco qué?
- EMIL. Años.
- GEN. Sí, multiplicados por...

- CAB. 1.º Siete. (Aludiendo á la carta que acaba de echar Manuel.)
- GEN. ¡No, hombre, qué barbaridad!
- MAN. ¡Vaya, el siete! Vengan esos cinco. (El General le alarga la mano.) No, los cinco duros.
- GEN. ¡Ah, pero la sota!...
- CAB. 2.º Se quedó en puertas.
- GEN. Ahora te pagaré, no tengo suelto. (Mirando el dinero que tiene en el bolsillo.)
- PEP. ¡Las cartas son más caprichosas! ¡En una ocasión acerté yo siete caballos seguidos!
- GEN. ¡Casi un escuadrón!
- PEP. Como que serví de pito.
- MAN. Juego.
- CAB. 2.º Cincuenta luises á esa carta.
- MAN. Dispense usted, no se admiten puestas de esa importancia; aquí no se trata más que de pasar el rato.
- CAB. 2.º Corriente. (Al Caballero 4.º) Pues en el Casino de Biarritz...
- CAB. 4.º ¡Ah, en Biarritz!
- EMIL. General, otra sota.
- GEN. Calle usted, no quiero mirarla. (Volviéndose á separar á medias de la mesa, pero sin resolución.)
- PEP. ¡Me lanzo! Un duro al tres. (Apuntando.)
- GEN. ¡Juego! ¡Cinco duros á la sota! (Como anteriormente.)
- MAN. Juego.
- PEP. Aguarde usted. Me retiro. (Retirando su puesta.)
- JOS. (Segundo término derecha, acercándose á Emilio que se retira de la mesa de juego.) ¡Vamos, ya pareciste! ¡Y como siempre en compañía de las cuarenta!
- EMIL. Acabo de entrar.
- JOS. No será por el tiempo que has estado conmigo. Todos me dicen: «Nada, se ha quedado usted viuda.» Y hay quien se lo ha creído de tan buena fe, que pretende ocupar tu puesto haciéndome una corte asídua. (Durante este diálogo no se interrumpe el juego.)
- EMIL. ¡Cómo!
- JOS. Tranquilízate. No me harás la ofensa de creer que le he prestado oídos. Pero si pretendes ponerme en ridículo, puede que cambie de parecer.

- EMIL. Escucha.
- JOS. ¡Ya estás prevenido! (Vase segundo término derecha.)
- EMIL. (Si sabrá... Vaya una tontería.) ¿Cómo anda esto? (Acercándose á la mesa.)
- PEP. ¡General, derrota en toda la línea!
- GEN. Llámese usted á la parte.
- PEP. ¿Yo? Me retiré, y ya sabe usted lo que es una retirada á tiempo.
- EMIL. ¡Chico, la banca sube como la espuma!
- MAN. Estos señores no quieren que pierda. (Jugando.)
- GEN. ¡Juego!
- PEP. Cinco duros á la sota.
- EMIL. No hay sotás.
- CAB. 1.º Pero en cambio se dan reyes; ya han salido dos.
- GEN. ¡Dos reyes! ¡Se va á encender la guerra civil! ¡Nada!
- PEP. Tres duros al cinco.
- CAB. 2.º Cien francos al rey.
- MAN. Ya he dicho á usted que no se admiten puestas de esa importancia.
- CAB. 2.º Bien, pues... dos pesetas. (Risas.)
- GEN. ¡Ahí val! (Apuntando.)
- MAN. Juego.
- PEP. ¡Estas emociones de á sesenta reales son muy fuertes! (sin mirar las cartas.)
- GEN. El rey. (A Don Pepito.) Que sea enhorabuena.
- PEP. Gracias.
- GEN. La sota otra vez. ¡Con una legión de demonios! ¡Esa carta me pone nervioso! (Paseándose agitado.) ¡Cinco duros á la sota! (Fuerte.)
- PEP. Juego.
- EMIL. Animo.
- PEP. Perdido por uno... (Registrándose el bolsillo.) No tengo suelto; habrá que cambiar. (Saca la cartera.)
- VIUDA ¡Don Pepito, don Pepito! (Apareciendo por la segunda izquierda y acercándose a Don Pepito.)
- PEP. ¿Qué desea usted, señora?
- VIUDA Los objetos para el cotillón.
- PEP. ¡Ah, sí! Voy en seguida.



- VIUDA      Ande usted, están esperando. (En la segunda izquierda por donde desaparece.)
- PEP.        Dos duros al seis, ¿eh? va marcando. (Deja naturalmente la cartera sobre la mesa marcando en la carta mencionada. Vase segunda izquierda.)

### ESCENA XIII

DICHOS menos DON PEPITO, después VIUDA DE ANDANA

- GEN.        No puedo estarme quieto. (Paseándose agitado.)
- EMIL.      ¡Hombre, juega de una vez!
- EMIL.      Paciencia, General, ya vendrán los nuestros.
- MAN.        Juego.
- EMIL.      ¿Lo ve usted? La sota.
- GEN.        ¿Es de veras? (Acercándose y mirando con desconfianza.)
- EMIL.      ¡Vaya! ¡Mire usted qué rolliza y qué hermosa!
- GEN.        Es la primera sota decente que he conocido en mi vida.
- VIUDA      (Segunda izquierda.) ¡Don Manuel! Amalia se encuentra peor, y desea marcharse. (Vase por el mismo término.)
- MAN.        Voy. Digo, si estos señores me lo permiten. (Levantándose.)
- CAB. 1.º    ¡Pues no faltaba más!
- CAB. 4.º    Es usted muy dueño.
- EMIL.      Y te llevas los cuartos; de manera que puedes marcharte tranquilo. (Durante el diálogo, Manuel recoge el dinero.)
- GEN.        ¿Quieres que la acompañe yo?
- MAN.        No, tío; ya conoce usted su carácter; si no voy... ¡Ah! me debe usted veinticinco pesetas.
- GEN.        ¿Cómo es eso? ¿Y la sota?
- MAN.        Precisamente, antes perdió usted dos.
- GEN.        (Dándole un billete.) Toma, no quiero cuentas. En paz.
- MAN.        ¿Y esta cartera? (Que habrá quedado sobre la mesa.) ¿Es tuya?
- EMIL.      No.

- MAN. ¿De alguno de ustedes? (Música. Introducción de cotillón.)
- CAB. 3.<sup>o</sup> Mía no.
- CAB. 2.<sup>o</sup> No.
- CAB. 4.<sup>o</sup> No. (Mirándola todos.)
- GEN. Ya recuerdo. Es de ese don Pepito que estaba á mi lado.
- EMIL. Cierto; dejó apuntados dos duros.
- MAN. Bien Ya me la pedirá. (Guarda la cartera.) Señores, buenas noches. (Despidiéndose.)
- EMIL. Celebraré que lo de Amalia no sea nada.
- MAN. Gracias. (Vase segunda derecha.)
- VIUDA (Segunda izquierda:) Hacen falta parejas para el cotillón. Vamos, señores. El brazo, General. No quiero que usted se aburra.
- GEN. ¡Señora, quién había de decirme que á mis años volvería á necesitar niñera! (Vanse segunda derecha. El General, dando el brazo á la Viuda; los Caballeros detrás.)

## ESCENA XIV

VIUDA, EMILIO, DON PEPITO. Después JOSEFINA

- PEP. (Segunda izquierda.) Ya está todo corriente. ¡Calla! ¡Volaron los pájaros! ¿Qué, han desbancado ustedes?
- EMIL. Sí, facilillo es. ¡Cuando ese se pone á jugar, boca abajo todo el mundo!
- PEP. De modo que mis dos duros...
- EMIL. ¡Echelos usted un galgo!
- PEP. Todo sea por Dios... Voy á pagar mi deuda. (Medio mutis.)
- EMIL. No se moleste usted en buscar á Manuel; se ha marchado con su señora, que estaba indispuesta.
- PEP. Entonces, mañana será otro día. (Buscando la cartera en la mesa.) ¿Dónde habrá ido á parar? (Cesa la música.)
- EMIL. ¿Qué busca usted?
- PEP. Mi cartera que dejé sobre la mesa, y no parece. ¿La ha visto usted?
- EMIL. Sí; Manuel ha preguntado por su dueño, y



como no teníamos seguridad, se la ha guardado.

PEP. ¡Canario! ¡No puede ser! (Asustándose gradualmente.)

EMIL. ¡Vaya!

PEP. ¡Imposible! (¡Qué compromiso!)

EMIL. Corriente, ya se convencerá usted.

PEP. ¡Qué contratiempo!

EMIL. Pero ¿qué ocurre?

PEP. Que como usted sabe, en la cartera hay notas reservadas y...

EMIL. Bueno.

PEP. ¡Malo!

EMIL. Como usted no se explique...

PEP. (Indeciso.) El caso es que no sé si... pero bien mirado... la cuestión... En fin, voy á explicarme. Tarde ó temprano lo sabrá usted, y más vale que sea cuanto antes. ¡Los malos tragos, pronto!

EMIL. Venga.

PEP. Pues es el caso, que como usted ha tenido la bondad, —bondad que nunca agradeceré bastante— de invitarme á su mesa, según mi costumbre, he tomado informes.

EMIL. ¿De alguna criada?

PEP. Informes, no es precisamente la palabra; antecedentes.

EMIL. ¿Antecedentes míos?

PEP. Eso es, para no cometer en su casa ninguna imprudencia. Y he anotado sus relaciones de usted con...

EMIL. ¿Con quién? (Rápido.)

PEP. Con doña Amalia, la señora de don Manuel.

EMIL. ¡Caracoles! ¿Y quién ha inventado semejante cosa?

PEP. No recuerdo... se dice; probablemente será cosa de algún entremetido en vidas ajenas. Pero es el caso que si á ese caballero se le ocurre hojear las apuntaciones...

EMIL. (Alarmado.) Y se le ocurrirá de seguro; yo le he referido como curiosidad el contenido de la cartera que acaba de caer en sus manos, y...

PEP. ¡Nos hemos caído! ¿Pero á usted quién le

manda contar las interioridades que se le confían?

EMIL. ¿Me encargó usted el secreto? Además, ¿con qué derecho escribe usted en ninguna parte especies injuriosas? (Incomodándose cada vez más.) ¡Es usted un idiota!

PEP. ¡Bueno!

EMIL. ¡Qué escándalo! ¡Amalia, perdida! ¡Yo comprometido! ¡Dos hogares hechos cenizas!

PEP. ¡Atíza!

EMIL. ¡Caballero, esa es una infamia que puede acarrear gravísimos disgustos! ¡Se impone una reparación! (Agarrándole por las solapas del frac.)

PEP. Nada más justo. Pero, ¿cómo?

EMIL. Recobrando la cartera.

PEP. Bien; usted dirá el modo.

EMIL. Yendo inmediatamente á casa de Manuel, Castellana, 140.

PEP. ¿140? ¡Es vecino de Isabel la Católica! ¡Pues está ahí, á la puerta!

EMIL. ¡Ande usted!

PEP. ¡Vaya si hay que andar! ¡Pero á estas horas! Mañana prometo arreglarlo.

EMIL. Será tarde.

PEP. (sacando el reloj.) Ya lo creo; la una y media.

EMIL. Digo que mañana será tarde. Manuel se marcha de Madrid. (Música. Cotillón.)

PEP. Es verdad.

EMIL. ¡Estamos comprometidos por instantes! ¡Si no se decide usted le enviaré dos amigos!

PEP. ¿Para que me acompañen? No estaría demás; pero no vale la pena de molestar á nadie.

EMIL. ¡No es eso! Dos amigos que arreglen la cuestión en otro terreno.

PEP. Eso es distinto. Voy ahora mismo.

EMIL. ¿Me da usted su palabra de honor?

PEP. La empeño.

EMIL. No me fio.

PEP. Pues tenga usted en cuenta que es la primera vez que empeño esto.

EMIL. Se me ocurre una idea. Yo le acompaño. Tomaremos un coche y aguardaré en él.

- PEP. Bueno. (¡Qué lástima! ¡Una velada que había empezado tan agradablemente!)
- EMIL. VAMOS. (Al disponerse á salir ve á Josefina, que aparece segunda derecha.) (¡Silencio, mi mujer!)
- JOS. Cuando quieras podemos marcharnos. (Don Pepito saluda á Josefina, inclinándose respetuosamente.)
- EMIL. Dispensa, me es imposible acompañarte; un asunto de honor...
- JOS. ¿Qué? (Alarmada.)
- EMIL. No te asustes; es cuestión de intereses. La de Mesa, que es vecina nuestra, puede llevarte en su coche.
- JOS. Pero no te retirarás muy tarde. (Vase segunda derecha.)
- EMIL. Descuida. (A Don Pepito.) ¡Vamos, vivo!
- PEP. ¡Andando! (Medio mutis hacia la segunda derecha.)
- EMIL. ¿Y el sombrero?
- PEP. ¡Verdad, me iba en pelo! (Vuelve, y aturdido coge uno de los claks, que estará sobre la mesa de tresillo, y que no se pone en escena.) ¡Me atonta este hombre! (Emilio vase por la segunda derecha.)
- VIUDA ¿Se marcha usted? (Segunda izquierda.)
- PEP. Sí, señora. (Medio mutis.)
- VIUDA ¿Y la cena?
- PEP. No tengo apetito. (Idem.)
- VIUDA ¿Y el Champagne?
- PEP. Calentándose, es decir, no; helándose: no puedo entretenerme.
- VIUDA ¿Y el cotillón? (Idem.)
- PEP. ¡Para cotillones estoy yo ahora! ¡No es menuda galop la que me espera!
- VIUDA ¿Y las llaves?
- PEP. Ahí, en uno de esos manojos... (Sacando del bolsillo del pantalón varios llaveros, que entrega á la Viuda.) ¡Que tengo mucha prisa, me van á mandar dos amigos!
- EMIL. ¡Pero, don Pepito! (En la segunda derecha.)
- PEP. ¿Lo ve usted? Voy. (A Emilio.) ¡Volveré! (A la Viuda. Vase precipitadamente segunda derecha.)
- VIUDA ¿Qué le pasa á ese hombre? ¿Se habrá vuelto loco? (Vase segunda izquierda.)

## ESCENA XV

EL GENERAL, CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º y DON PEPITO. Todos por la segunda derecha

- GEN. Mi abrigo. Toma el número. (Dándole la chapa del guardarropa. Perico cruza la escena y entra segunda izquierda.)
- CAB. 1.º ¿Ya nos deja usted?
- GEN. Sí, señor; la compañía de ustedes es muy agradable, pero la cama me espera.
- CAB. 2.º ¡Este general es un comodón de primeral! Se acuesta con las gallinas y se levanta...
- GEN. No: me acuesto solo y me levanto lo mismo. El orden es la mitad de la vida.
- CAB. 3.º Exacto. No hay nada como el orden y la orden. ¡A la orden, mi general! (Cuadrándose militarmente. Vase segunda derecha.)
- GEN. ¿Eh, qué tal? ¡Cómo maneja el pollo el vocablo!
- PER. El abrigo. (Ayudando á El General á ponerse el abrigo.)
- GEN. Conque, señores, que ustedes descansen, y hasta la vista. Me parece que dejé aquí el sombrero. (Mirando sobre la mesa.)
- PER. (Dándole el otro clak que quedó sobre la mesa.) ¿Será éste?
- GEN. (Lo abre, y al ponérselo se encuentra que le viene ridículamente pequeño.) ¿Eh? ¿Habrá encogido? No, no es éste.
- PER. Pues no hay otro. (Mirando en las butacas marquesitas, etc., etc.)
- GEN. Pues no es éste. ¡Rayos y truenos! (Sumamente incomodado.) ¡Mil bombas! ¡Ya me han cambiado el sombrero! (Los caballeros, agrupados á la derecha, ríen, contrastando sus risas con la actitud amenazadora de El General. Óyese fuerte y vivo en la orquesta el final del cotillón. Telón rápido; procúrese dar al cuadro toda la animación posible.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# OBSERVACIONES

SOBRE EL CARÁCTER DE ALGUNOS PERSONAJES  
Y DETALLES DE ESCENA

---

Don Pepito en extremo atildado y fino.

Amalia, romántica, nerviosa ó más bien histérica, dará á sus palabras cierto tinte de ironía.

El General, correcto, distinguido, pero maldiciente y cascarrabias sin llegar á la exageración.

---

La cartera que saca Don Pepito será de regular tamaño, de piel clara sin broches ni cierres y llevará en su interior, formando parte de ella, un cuaderno abecedario de apuntaciones.

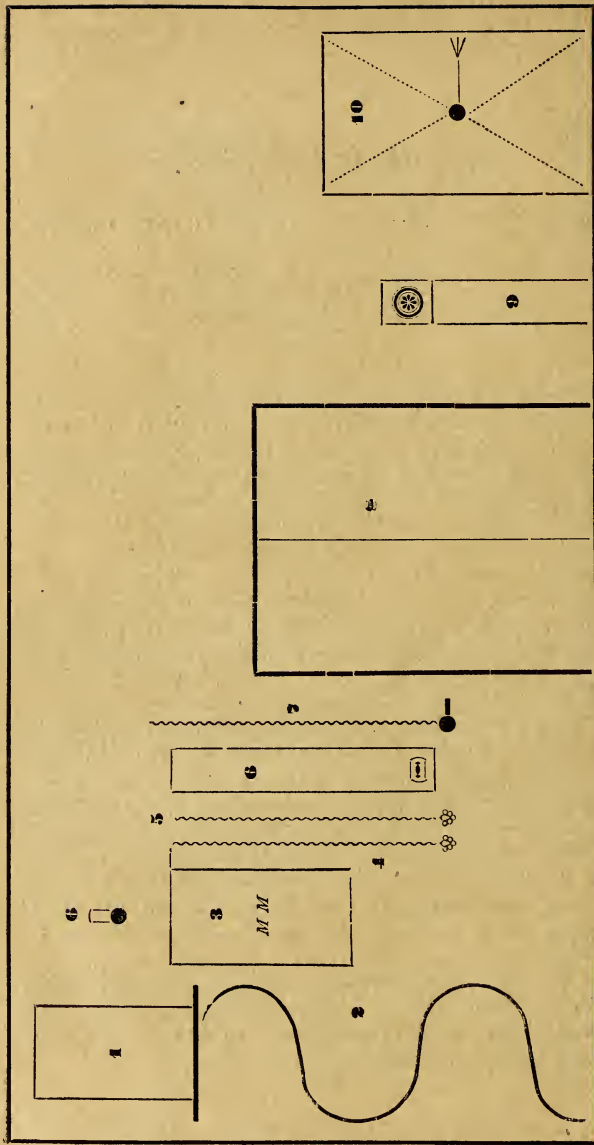
El General y Don Pepito usan claks, los dos con forro negro é iniciales pequeñas doradas, las del primero F. G. y las del segundo J. G.

En la escena del juego y en el lugar que más oportuno parezca á los actores, dejarán sobre la mesa de juego y cerrados los dos claks, base del cambio que á final del acto hace aturdido Don Pepito llevándose el del General.

A fin de que este cambio resulte natural y justificado así como la situación del General al referido final del acto, cuidarán los demás actores de no sacar sombreros ó de no abandonarlos.



## ACTO II.—Proyección horizontal del foro



1.—Puerta del cuarto de Manuel á la terminación de la escalera.

2.—Escalera de caracol.

3.—Transparente con las iniciales *M M*.

4.—Cordón del transparente.

5.—Cordón del ascensor ó monta objetos.

6.—Campanilla eléctrica.

7.—Flexible é interruptor de manilla de la luz eléctrica.

8.—Puerta cubierta por amplias cortinas.

9.—Reloj.

10.—Mampara con su correspondiente muelle.

---

# ACTO SEGUNDO

---

Saleta cuadrada y alfombrada; dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda, todas sin cortinas; al foro puerta grande de dos hojas cubierta por amplios cortinajes; á la derecha de esta primera la llave-manilla de la electricidad; al lado el ascensor ó monta objetos; junto al mismo dos cordones, el del referido ascensor y el del transparente, casi juntos, para la equivocación de final del acto, siguiendo á la derecha ventana cubierta por un transparente que tiene en su centro las iniciales M. M. entrelazadas; más allá, y en la esquina de la decoración, la escalera de caracol, practicable (puede substituirse por otra), que termina en un descansillo pequeño en el que habrá una puerta; á la izquierda de la puerta foro mampara con muelle que la obliga á cerrarse. En el centro de la escena mesa cuadrada cubierta por tapete; sobre ella palmatoria con vela, caja de fósforos, tintero y periódicos doblados. A ambos lados de la mesa butacas, sillas volantes diseminadas, cuidando de que ni debajo del ascensor, ni al lado, ni próximas siquiera, haya sillas, butacas, mesa, ni mueble alguno en el que se pueda colocar la cartera para que don Pepito tenga que colgar ésta forzosamente en el ascensor. Entre las laterales izquierda «etagere» con espejo y reloj grandes. Tiestos con plantas de salón adornando la escena. A la derecha, y sobre la puerta foro, campanilla eléctrica que funciona desde dentro. Pendiente del centro de la escena aparato elegante de electricidad, de tres focos por lo menos. Para mayor claridad consulten el plano adjunto.

## ESCENA PRIMERA

ROSA y FRANCISCO. Oscuro. Pausa. El reloj da las dos. Sale Francisco al descansillo de la escalera de caracol y llama á Rosa que duerme en una butaca.

- FRAN. ¡Rosa! ¡Rosa!
- ROSA ¿Eh? (Despertando.)
- FRAN. Rosa, ¿qué hora ha dado?
- ROSA No sé; me he dormido.
- FRAN. Yo también. (Rosa busca á tientas en la mesa, coge los fósforos y enciende una vela que habrá preparada. Luz)
- ROSA (Levantándose, yendo al reloj y mirando la hora.) Las dos.
- FRAN. No creí que fuera tan tarde. ¡Y los señores sin venir! ¡No tienen prisa; claro, como luego se levantan á las mil y quinientas!
- ROSA (Con sorna á Francisco que continúa en la escalera.) Vamos, que usted tampoco es de los madrugadores. Esta mañana, á las nueve, todavía tenía pegadas las sábanas.
- FRAN. Y que se agarran bien; pero mañana, es decir, luego, á las cinco, tengo que bajar á la estación con los baules.
- ROSA ¡Buen fresquito hace! (Rosa, que se ha sentado donde estaba antes, desdobra unos periódicos que habrá sobre la mesa.)
- FRAN. ¿Qué periódicos son esos?
- ROSA Los del señor.
- FRAN. A poco se me olvidan. Voy por ellos. (Disponiéndose á bajar.)
- ROSA ¿Para qué? No baje usted. Ahí van. (Pone los periódicos en el cajoncito del ascensor, tira del cordón, y el cajón sube. Francisco entra saliendo á poco con los periódicos en la mano. Entonces el cajón del ascensor vuelve á bajar.)
- FRAN. Gracias. Es cómodo este chisme. Ahorra muchos escalones al día. (Óyese dentro un timbre eléctrico.)
- ROSA Los señores.
- FRAN. Encienda usted. (Rosa da á la manecilla de la luz

y se enciende el aparato del centro, Francisco baja la escalera y Rosa y él separan las cortinas de la puerta foro.) ¡Gracias á Dios! Me estaba durmiendo de pie.

## ESCENA II

DICHOS, AMALIA y MANUEL. Entran del brazo. Se separan. Amalia se sienta en la butaca derecha. Manuel se quita el gabán y se lo da á Francisco. Pausa. Seriedad en los personajes.

- AMAL. ¿Qué esperas? (A Rosa.)  
MAN. ¿Qué aguardas? (A Francisco. Rosa coge la palmaria y se va por la primera derecha.)  
FRAN. Tormenta tenemos. (Vase por la segunda izquierda con el gabán y sombrero de Manuel.)  
MAN. Buenas noches.  
AMAL. Buenas noches. (Incomodada.)  
MAN. Hay sesión de nervios, ¿eh?  
AMAL. Lo que no tengo es ganas de conversación. (Sin mirarle.)  
MAN. Dispensa. ¿Se puede saber la causa de ese desequilibrio? No creo tener parte en ella.  
AMAL. Has estado toda la noche muy galante con tu esposa.  
MAN. Vamos, ya pareció aquello. Pero, mujer, ¿quieres que á los seis años de matrimonio haga lo mismo que el primer día?  
AMAL. ¡Ojalá! Luego, en el coche, ni me has dirigido la palabra.  
MAN. Tú á mí tampoco.  
AMAL. Esperaba que empezases. El marido debe empezar siempre.  
MAN. Te cedo ese derecho.  
AMAL. Pero al fin y al cabo, para lo entretenida que es tu conversación...  
MAN. Gracias. Buenas noches. (Dirigiéndose foro izquierda.)  
AMAL. ¿Dónde vas?  
MAN. A mi despacho á contestar unas cartas.  
¿Y tú?  
AMAL. A mi habitación ¡Rosal... ¡Rosal... ¡Rosaaa!  
(Llama tres veces y sale Rosa primera derecha.)

- ROSA. Señora.
- AMAL. ¿Tienes preparada la mesa?
- ROSA. Sí, señora.
- MAN. ¡Ah! ¿Vas á cenar?
- AMAL. Con tu permiso. (Se levanta.)
- MAN. Lo tienes.
- AMAL. No he tomado nada desde esta mañana.
- MAN. Por lo visto los nervios no te quitan el apetito. ¿Me convidas? (Acercándose á Amalia.)
- AMAL. No lo necesitas. Eres muy dueño.
- MAN. Ya lo sé; pero me complacería ver que de tí partía la invitación.
- ROSA. He puesto dos cubiertos. (Con solicitud.)
- AMAL. Nadie te pregunta. (Molestada.)
- ROSA. Dispense la señora. (Vase primera derecha.)
- MAN. ¿Sabes lo que estoy pensando?
- AMAL. No. (Displicente.)
- MAN. Que si nuestro viaje empieza bajo estos auspicios, va á ser divertido.
- AMAL. Puede.
- MAN. Vaya, no seas tonta. ¿A qué esa cara de juez? Sonríe, que la sonrisa te sienta muy bien.
- AMAL. ¿Quieres que á los seis años de matrimonio haga lo mismo que el primer día?
- MAN. ¡Hola! ¡hola! ¿Guardas las ofensas? Pues sí lo quiero. ¿Te acuerdas de nuestro primer cuarto de luna de miel? Cenábamos juntos. Salíamos juntos. ¡Siempre juntos! Lo que no recuerdo es si había dos cubiertos.
- AMAL. En el primer cuarto, no; en el segundo, sí.
- MAN. Nuestra habitación era una; no como ahora, que parecemos polos opuestos.
- AMAL. Sabes que paso malas noches y por no molestarte...
- MAN. Conque ¿ocupo ese cubierto?
- AMAL. Es muy tarde; ¡tengo un sueño!...
- MAN. Un bocado y cada mochuelo á su olivo.
- AMAL. (Resignada.) Bueno. Voy á ponerme una bata; al momento te llamo. (Le mira y dice con gravedad cómica.) (No hay más remedio. Que me perdone Emilio esta infidelidad.) (Vase primera derecha.)



### ESCENA III

MANUEL; luego FRANCISCO. EL GENERAL

- MAN. No sé que atractivos encuentro en mi mujer esta noche. Quizá sea el remordimiento. ¡Ah, Josefina! Esa sí que me preocupa... y Amalia también... Tengo un corazón capaz para las dos y aun queda sitio. (Sale Francisco segunda izquierda con el gabán de Manuel al brazo y se dirige á la escalera.) ¿Ha venido mi tío? (Sentándose á la izquierda de la mesa.)
- FRAN. No, señor.
- MAN. ¿Y los periódicos?
- FRAN. Están en el cuarto.
- MAN. Pues bájalos y tráeme el batín.
- FRAN. (Deja el gabán sobre una silla y sube la escalera.) (No valía la pena de haberlos subido.) (Manuel se ha sentado y dice reposadamente lo que sigue:)
- MAN. ¿Quién diablos será la cómplice de Emilio? Que es una mujer casada no cabe duda. Y la trataré yo con seguridad, y quizá íntimamente. Vaya usted á saber. (Timbre dentro.)
- FRAN. (Baja el batín y los periódicos.) Aquí está.
- MAN. (Se quita frac y chaleco, que Francisco pone en el respaldo de una silla.) El gabán lo metes en la maleta y la cierras. (Marcado.)
- FRAN. Está bien. ¿Saco lo que tiene en los bolsillos?
- MAN. No.
- FRAN. (Por el frac.) ¿Y esto?
- MAN. Déjalo ahí para coger el dinero y el reloj. (Entra por el foro el General de mal talante.) ¡Ah! ¿Es usted, tío? Acuéstate. (A Francisco.)
- GEN. (Por el foro.) No, no te acuestes: hazme una taza de té bien caliente.
- MAN. Di á Rosa que se la prepare, tú tienes que madrugar. (Francisco llama con los nudillos en la primera derecha.)
- GEN. Es lo mismo. (Se pasea muy agitado de proscenio á foro.)
- ROSA (Dentro.) ¿Qué?

- FRAN. Una taza de té para el General.  
ROSA Está bien. (Dentro.)  
FRAN. ¿Mandan algo más los señores?  
MAN. Que no te olvides de guardar el gabán.  
FRAN. Buenas noches. (Vase segunda izquierda, llevándose al brazo el gabán que sacó antes y es el de Manuel.)  
MAN. ¿Se encuentra usted mal?  
GEN. No, el champagne helado que ha tomado cuerpo, y tengo la cena patinando encima.  
MAN. ¿Ha bebido usted mucho?  
GEN. Regular. Y con el disgusto...  
MAN. ¿Qué disgusto?  
GEN. (Furioso, quitándose el sombrero clak que tira sobre la mesa.) Me han cambiado el sombrero.  
MAN. ¿Otra vez? ¿Y quién?  
GEN. ¡Tomal si lo supiese... Mira que clak de la guerra de la Independencia.  
MAN. Tiene usted desgracia.  
GEN. (Como tropiece con el sujeto le voy á dividir por el eje.  
MAN. Afortunadamente para él no sabe usted quién es.  
GEN. Pero lo sabré. ¡Vaya una alhaja! (Mirando las iniciales del forro.) J. G. Voy á buscar en la guía comercial todos los J. G. que existen, y mañana... Buenas noches. (Dirigiéndose primera izquierda.)  
MAN. Pues ya tiene usted trabajo hasta el amanecer. ¡Eh! que se deja usted el cuerpo del delito. (Por el sombrero.)  
GEN. Como que apesta. Que lo tiren á la basura. ¡Ah! ¿Y Amalia? (Deteniéndose en la puerta primera izquierda.)  
MAN. Mejor. Eran los nervios.  
GEN. Hasta mañana.  
MAN. Si Dios quiere.  
GEN. Y, el champagne helado. (Vase primera izquierda.)  
MAN. ¡Pobre tío, siempre le ocurre algo! El folletín para mi mujer. (Cortándolo. Timbre dentro.) ¡Lllaman! ¿Quién será á estas horas?  
PORT. (De librea y con la gorra en la mano entra por la puerta foro.) Señorito; un caballero que quiere hablar con usted sobre asunto urgente.

MAN. ¿Ha dicho su nombre?  
PORT. Don José Jiménez.  
MAN. ¿José Jiménez? ¡Ah! don Pepito. ¿Qué le ocurrirá? Hazle entrar. (Desaparece un momento el portero, reapareciendo acompañado de don Pepito á quien separa la cortina dejándole paso.)

## ESCENA IV

MANUEL, FRANCISCO, DON PEPITO

PEP. (Al Portero.) ¿Ve usted cómo no se ha acostado y me recibe? (Vase el Portero foro.) Buenas noches, don Manuel.

MAN. (Levantándose y saludando á don Pepito.) Mejor dicho, buenos días. ¿Qué le trae á usted á estas horas por mi casa?

PEP. El honor, caballero, el honor: vengo á pagar una deuda sagrada.

MAN. ¿Una deuda? (Indicándole que tome asiento.)  
PEP. Sí; las diez pesetas que me ha ganado usted al juego.

MAN. Y por dos duros se ha molestado usted...  
PEP. Como si hubieran sido dos millones.  
MAN. Ojalá lo fueran.  
PEP. No: porque en ese caso hubiera tenido el sentimiento de no podérselos pagar.

MAN. En fin, no valía la pena.  
PEP. Pasaba casualmente por aquí, y como me habían dicho que mañana temprano se marchaba usted fuera de Madrid...

MAN. Cierto; pero á mi regreso hubiera usted cumplido. No pensaba dar parte al juzgado.

PEP. Ya lo supongo. De todos modos yo soy muy escrupuloso en el cumplimiento de mis deberes. Ahí van veinticinco pesetas. (Me las ha prestado Emilio.) (Pausa. Manuel se guarda el billete. Pepito al ver que no le da la vuelta dice:) Sobran quince, ¿eh?

MAN. Voy. (Acude al chaleco del frac que estará en el respaldo de la silla, deja el billete en el bolsillo y toma tres duros que entrega á don Pepito.) En paz.

PEP. Gracias. (Sin levantarse.)

- MAN. (Pausa.) Ahora dispense usted que le despida; es muy tarde, y quisiera descansar.
- PEP. (Levantándose.) A mí me corresponde pedir á usted mil perdones... A propósito. ¿Tendría usted la bondad de devolverme?...
- MAN. ¿Qué?
- PEP. La cartera que dejé olvidada sobre la mesa. Me han dicho que usted la guardó.
- MAN. ¿Una cartera? ¡Ah! sí, es cierto.
- PEP. (Respiro.)
- MAN. Un momento.
- PEP. No tengo prisa.
- MAN. (Mira en los bolsillos del frac.) ¡Vaya!
- PEP. ¿Qué?
- MAN. Juraría haberla metido aquí, pero no está. ¡Ah! Quizá en el bolsillo del abrigo. (Tocando un timbre que habrá sobre la mesa.) Llamaré al criado. (Rosa con palmtoria y vela encendida aparece en la primera derecha.) A Francisco que le de á usted el gabán que le mandé guardar en la maleta. (Cruza Rosa la escena haciendo mutis por la segunda izquierda. Don Pepitó y Manuel se sientan.)
- PEP. ¡Vaya! ¡Cuánto siento molestar!... Extrañará á usted mi insistencia. Pero en la cartera tengo algunos documentos que me precisan, y como mañana se marcha usted, aprovechando el pagar mi deuda dije: mato dos pájaros de un tiro. Verdad que la hora es un poco intempestiva para embajadas de esta especie; pero yo confío en que su bondad de usted sabrá dispensar...
- ROSA (Segunda izquierda.) Señorito, Francisco no contesta; debe haberse dormido.
- MAN. Claro: ahora recuerdo que le mandé acostar. Bueno. (Vase Rosa por la primera derecha.) Pues ya lo ve usted, hay que tener paciencia. (Ambos se levantan.) No es cosa de alborotar. Puede usted retirarse tranquilo, que yo dejaré encargo de que mañana á primera hora le lleven á usted la cartera. ¿Dónde vive usted?
- PEP. Trafalgar, 60, quinto, interior.
- MAN. Perfectamente.

- PEP. ¿Conque mañana? (Dudando y resignado á la fuerza.)
- MAN. Sí, señor; á primera hora.
- PEP. (Y el otro que está esperando abajo, me revienta de seguro.) Dispense usted mi pesadez: desearía...
- MAN. Hombre, no son horas de andar buscando.
- PEP. Pero es que...
- MAN. ¿No tiene usted confianza en mí?
- PEP. ¡Por Dios, caballero! Yo depositaría en usted mi honor, mi vida, mis ahorros, si los tuviese; pero la cartera...
- MAN. ¡Qué rareza!
- PEP. Justo, rareza. Mire usted, yo soy muy metódico: tomo un camino y lo sigo hasta que tomo otro. Tengo costumbre, antes de acostarme, de poner en orden todos mis chismes, y en cuanto me falta uno, no descanso. (¡Qué tipo!) ¡Vaya, iré yo mismol... (Disponiéndose á ir.)
- ROSA (Primera derecha con bandeja, servicio de thé completo y un plato con media docena de emparedados.) La señorita aguarda.
- MAN. Ahora si que no es posible; mi mujer está malucha, y... ¡Doy á usted mi palabra de honor de que!... ¿Conque, Trafalgar, 80, quinto, interior?
- PEP. ¡No por Dios! Trafalgar, 60. (¡Que sombra más negral) (Yendo hacia la puerta foro.)
- MAN. Basta. Buenas noches. (Acompañándole y despidiéndole.) Por aquí. El portero le abrirá á usted. Trafalgar, 80.
- PEP. 60, 60. (No hay más remedio.) Descansar. (El otro me pega.) (Vase puerta foro)
- MAN. ¡Qué hombre más pesado! (A Rosa que ha dejado sobre la mesa el servicio de thé, sirviendo la taza y sin echarle azúcar.) Apaga. (Vase primera derecha.)



## ESCENA V

ROSA. GENERAL

ROSA            Señorito. (Llamando en la puerta primera izquierda.)  
GEN.            (Dentro.) ¿Qué hay?  
ROSA            El thé.  
GEN.            Bueno.  
ROSA            ¿Quiere usted algo más?  
GEN.            (Dentro.) No; puedes retirarte.  
ROSA            Buenas noches. (Vase primera derecha cerrando la  
                          puerta. No apaga la electricidad.)  
GEN.            (Saliendo primera izquierda.) No parece. Hay una  
                          infinidad que tienen las iniciales J. G., pero  
                          uno, confitero; otro, almacenista de vinos;  
                          (Sentándose á la mesa.) otro, boticario... y hay  
                          que picar más alto. Mi hombre debe perte-  
                          necer á lo que llaman buena sociedad. ¡Sí;  
                          buena sociedad, cuando ni los sombreros  
                          están seguros! (Revolviendo el líquido con la cu-  
                          charilla.) ¿Le habrá puesto azúcar? No; me  
                          alegro. El thé con azúcar es una porquería.  
                          (Probando el thé.) ¡Canastos! Está ardiendo.  
                          (Levantándose y nervioso.) No paro hasta en-  
                          contrar á ese títere. Mientras esto se enfría,  
                          voy á seguir buscando. (Vase primera izquierda  
                          cerrando la puerta.)

## ESCENA VI

DON PEPITO asoma con precaución la cabeza por las cortinas de la  
puerta del foro, y al convencerse de que no hay nadie avanza

Cualquiera convence á ese hombre; se ha  
puesto furioso. ¡La cartera, cueste lo que  
cueste! Me va á costar una enfermedad. ¿Y  
á dónde dirijo yo ahora mis pasos? Gracias  
que la puerta estaba entornada y he podido  
entrar. Recapacitemos. La cartera está en  
el abrigo, el abrigo en la maleta y la male-  
ta... y la maleta... vaya usted á saber donde

estará la maleta. Pero puede que el criado no haya guardado el gabán, y lógico es que se encuentre por aquí abajo. Busquemos. (Se dirige hacia la segunda izquierda, entra un instante y vuelve á escena.) Un corredor como una longaniza. Y no se ve gota, no me gusta meterme en interioridades. Luz, mucha luz. Aquí hay luz. (Dirigiéndose hacia la primera derecha y mirando por la cerradura.) Don Manuel cenando con su señora. Buen provecho. ¡Caramba! Se me abre el apetito. Y el otro, abajo; ya no tengo ganas de nada. Sigamos... (Acercándose á la mesa.) Thé y emparedados. Otra vez el apetito. (Repara en el sombrero y lo coge.) Un sombrero. Calle, parece el mío. Justo, y lo es. (Probándose.) ¿Cómo diablos ha venido á parar aquí? Me alegro; este otro se me colaba hasta la cintura. (Cambia el sombrero dejando el suyo sobre la mesa.) De seguro que esto no estaba preparado para mí; pero no importa, con el estómago vacío no se le ocurre á uno nada. (Probando el thé.) ¡Uf! Sin azúcar. ¡Qué porquería! (Echa en la taza abundante azúcar.)

## ESCENA VII

DON PEPITO. EMILIO

- EMIL. (Foro, asomando la cabeza por entre las cortinas.)  
¡Chist, chist!
- PEP. ¿Eh? ¿Quién llama? (Mirando hacia distintos lados.)
- EMIL. ¡Chist!
- PEP. (Viendo á Emilio.) ¿Usted aquí?
- EMIL. ¿Hay alguien? (Toda esta escena á media voz.)
- PEP. Sí, señor; estoy yo.
- EMIL. Pregunto de la casa.
- PEP. No. Pero ¿á qué ha subido usted?
- EMIL. Estaba desesperado en el coche y helado además; el portero me invitó á subir, y como no tenía confianza en usted, me he arriesgado con todo género de precauciones

- y ahora me alegro. Usted tan tranquilo sin buscar...
- PEP. Ya busco, pero no he encontrado más que estos emparedados. ¿Quiere usted uno? (Ofreciéndole en el plato)
- EMIL. ¡Déjeme usted en paz! ¿Me voy á pasar toda la noche de espera?
- PEP. No, señor. En cuanto usted quiera, nos vamos.
- EMIL. ¿Sin la cartera? ¡Enseguida; para eso hemos venido. (Levantando la voz.)
- PEP. Silencio; nos van á oír, y tendremos que marcharnos sin la cartera y con una paliza.
- EMIL. Está todo el mundo durmiendo.
- PEP. No. Don Manuel cena con su señora ahí. (Señalando primera derecha.)
- EMIL. ¿Con su señora? ¡Imposible!
- PEP. ¡Vaya! Los he visto por el ojo de la llave.
- EMIL. ¿A ver?
- PEP. De ningún modo; sería una indiscreción. (Impidiéndole acercarse.)
- EMIL. ¿Y á usted qué le importa?
- PEP. ¿Que no me importa? ¡Vaya! Estoy aquí de guardia y no permito...
- EMIL. Fíese usted. Y me decía que su marido había muerto.
- PEP. ¡Qué barbaridad! Si hace un cuarto de hora que he estado hablando con él.
- EMIL. Muerto moralmente.
- PEP. Moralmente puede ser... (Emilio, antes de que don Pepito pueda evitarlo, se acerca á la primera derecha y mira por la cerradura.) ¡Don Emilio! (Tirándole del gabán.)
- EMIL. ¡Juntitos! ¡Y por esta mujer estoy yo pasando frío, y usted!...
- PEP. Yo, cada sofocón, que ni en Agosto. (Se oye dentro tos fuerte del General. Don Pepito arrastra á Emilio, y de puntillas y con precipitación, se ocultan ambos en las cortinas del foro. El General sale de la primera izquierda.)

## ESCENA VIII

DON PEPITO y EMILIO, ocultos. El GENERAL

- GEN.** Nada. Que no parece J. G. (Sentándose á la izquierda de la mesa.) ¿Qué nombre ocultarán esas iniciales? Daría cualquier cosa por tropezar con el dueño. (Coge la taza del thé y toma un sorbo.) ¡Esto es jarabe! Juraría que no le había echado azúcar. Pero se la habré echado. (Cogiendo el sombrero que h y sobre la mesa.) ¡La culpa la tiene este maldito sombrero! ¿Eh? ¿A ver? (Mirando las iniciales del forro.) F. G. ¿F ó J? F. ¡Claro, ya podía yo estar dando vueltas con la jota! Pero ¿dónde he tenido los ojos? ¡Esta noche estoy dado á los demonios! (Vuelve á dejar el sombrero sobre la mesa y se levanta, dirigiéndose furioso á la primera izquierda.) ¡Mil bombas! Lo que es mañana... ¡Rayos y centellas! ¡Voto á un escuadrón de caballos! (Vase primera izquierda. Emilio y don Pepito, asoman la cabeza cada uno por distinto lado de la cortina. Pequeña pausa.)
- EMIL.** ¿Ha visto usted? (A media voz.)
- PEP.** ¿El escuadrón de caballos? No señor. (Idem.)
- EMIL.** ¿Qué le pasará al General? (Saliendo de la cortina.)
- PEP.** Habrá regañado con la sota.
- EMIL.** Ea, vámonos. (Se oye hablar á Manuel dentro por la primera derecha.)
- PEP.** Vienen otra vez.
- EMIL.** A la cortina.
- PEP.** A los infiernos. ¡Esto ya va pasando de castaño oscuro! (Se vuelven á esconder.)

## ESCENA IX

EMILIO y DON PEPITO ocultos, MANUEL

- MAN.** (Primera derecha. Con palmatoria y vela encendida. Figura hablar con su mujer, dirigiéndose hacia adentro) Que descanses. Si quieres que me

quede... Bueno... Ya sabes que á las siete vendrá el coche. (Cierra la puerta, atravesando la escena.) ¡Dichosa doncella! Lo que es para guardia civil no tenía precio. Siempre delante. Voy á escribir esa carta y á acostarme. ¿Quién habrá dejado la luz encendida? (Da media vuelta á la manilla y la luz se apaga. Oscuro. Vase Manuel por la mampara foro. Don Pepito y Emilio repiten el juego anterior.)

EMIL. (Bajo.) Nos hemos lucido.

PEP. Nos hemos quedado sin luz.

EMIL. ¿Ve usted, Don Pepito?

PEP. No veo nada. (Avanzando á tientas.)

EMIL. (Idem.) ¡Es un ángel! ¡No me había engañado! ¡Pobre Amalia!

PEP. Ya podía haberse quedado en el cuarto de su mujer, y no andar por ahí danzando.

EMIL. (Don Pepito tropieza en la mesa, y á tientas mete la mano en la taza de thé.) ¡Ah! si mi esposa no estuviera casada conmigo, y Manuel no fuese su marido, entonces... (Como dirigiendo sus palabras á la primera derecha.)

PEP. ¿Qué?

EMIL. Entonces yo pagaría esos sacrificios.

PEP. ¿Qué dice usted? (sin entenderle.)

EMIL. Que si mi esposa no existiera y Manuel no estuviera casado con Amalia...

PEP. Serían ustedes solteros los dos.

EMIL. Claro. Pero por desgracia...

PEP. Aguarde usted al día del juicio.

EMIL. Don Pepito, esa mujer es un ángel.

PEP. Bueno. Expresiones.

EMIL. (Abrazándole.) ¡Un ángel!

PEP. Vaya, déjese usted de ternezas: á ver si tiene un fósforo.

EMIL. ¡Un ángel!

PEP. ¡Un fósforo! ¿Quiere usted recibo? (Buscándose en los bolsillos.) ¡Ah! yo tengo una caja y el cerillo con que subo la escalera. ¡Somos felices!

EMIL. No, no lo somos. (Con amargura.)

PEP. Bien, usted no; pero yo cifro mi felicidad en encender una luz y en que nos marchemos. (Enciende el cerillo con un fósforo. Luz.) Andando.



- EMIL. De ningún modo; ahora es cuando más precisa que la cartera vuelva á nuestro poder. Mi presencia aquí, estorba á la realización de sus planes y nos compromete. Abajo espero. (Medio mutis.)
- PEP. ¡Pero, hombre de Dios! (Suplicando.)
- EMIL. Lo dicho. Busque usted; despierte, si es preciso, á los criados. La cartera, cueste lo que cueste, ó nos veremos. (Vase foro, cerrando la puerta.)
- PEP. Maldita sea tu estampa. (Amostazado.) Y yo apuntaba para no ser indiscreto. ¡Así se me hubiera caído la mano! Vaya, continuemos buscando. Parezco un empleado del ramo de alcantarillas. Por aquí no he entrado. (segunda derecha. Con el cerillo encendido en una mano y haciendo sombra con la otra, entra con precaución y de puntillas segunda derecha, dejando la puerta abierta.)

## ESCENA X

ROSA y DON PEPITO, oscuro rapidísimo

- ROSA (Primera derecha con palmatoria y vela encendida y hablando con la figura que se supone dentro; luz.) Está bien, señora. Que me acueste. Sí, para lo que voy á dormir... (Entra segunda derecha. Oscuro. Al instante sale corriendo y asustada siguiéndola Don Pepito. Luz.) ¡Ah!
- PEP. No grite usted, no grite usted. (A media voz.)
- ROSA (Asustada y sin dejarle acercar.) ¿Qué hacía usted en mi cuarto?
- PEP. ¡Ah! ¿Pero ese es su cuarto de usted?
- ROSA Sí, señor.
- PEP. Pues dispense usted, no lo sabía.
- ROSA ¿Qué hacía en mi cuarto? (Fijándose en don Pepito.) ¡Pero, calle! Si no me equivoco, usted es el que ha venido antes.
- PEP. Justo. Buena memoria.
- ROSA ¿No se marchó usted?
- PEP. Me parece que no, cuando estoy aquí.

- ROSA Razón tenía el señorito en decir que era usted muy pesado.
- PEP. Gracias.
- ROSA (Más tranquila.) Me tranquilizo. No tiene usted cara de ladrón.
- PEP. Ni lo soy.
- ROSA Pero, ¿qué buscaba usted en mi cuarto?
- PEP. Un abrigo.
- ROSA ¿Tiene usted frío?
- PEP. No, no es eso. Ven acá. Toma dos duros. (Dándoselos)
- ROSA ¿Para qué?
- PEP. Guárdalos y no preguntes. Venga el abrigo.
- ROSA Y dale: ¿qué abrigo es ese?
- PEP. Ahí va otro duro. (Dándoselo.) ¿Como se llama el criado?
- ROSA Francisco.
- PEP. Bueno; pues el abrigo que le ha dado á Francisco su amo.
- ROSA Bueno. Y, ¿para qué quiere usted eso?
- PEP. Para verlo nada más.
- ROSA No entiendo.
- PEP. Ni hace falta; es un asunto muy complicado. La felicidad de tres familias, es decir, dos, porque yo no la tengo, depende de ese abrigo: dámelo un momento, y hago tu fortuna.
- ROSA Pues sigo sin comprender una palabra.
- PEP. Lo suponía. Pero ahora no podemos entrar en explicaciones. Poco te cuesta complacerme.
- ROSA Si no es más que eso... Espéreme usted aquí; apague esa luz (Le apaga Rosa el cerillo.) y no se mueva; podrían sentir ruido, y entonces...
- PEP. Vé tranquila y no tardes. Me da miedo estar á oscuras. (Vase Rosa segunda izquierda, llevándose la palmatoria con la vela encendida. Oscuro. Don Pepito no se mueve del sitio en que está colocado.) A ver si Dios se compadece de mí y puedo marcharme. Es un verdadero milagro que no me hayan descubierto. (Manuel abre la mampara foro, haciendo un ligero ruido.) ¿Qué ruido es ese?

## ESCENA XI

DON PEPITO y MANUEL

- MAN. (A tientas.) ¡Bien; apagué la luz, y ahora...  
PEP. ¡El otro! ¡Esto es peor que la huída á Egipto! (Dando media vuelta y dirigiéndose recto hacia el foro.)
- MAN. ¿Dónde estarán los fósforos? (Buscándose en los bolsillos.)
- PEP. ¿Dónde estará la puerta? ¡Me he desorientado! (Dudando de la dirección.) (Don Pepito y Manuel andarán á tientas, cada uno en extremo distinto de la escena. Don Pepito tropieza con una silla, que tira.)
- MAN. ¡Eh!... ¿Quién va?...
- PEP. ¡Me deshice una espinilla!
- MAN. ¿Quién va? (Alarmado.)
- PEP. ¡Pesado! Si no me da la gana de contestar. Pero, ¿y la puerta? (Llega á las cortinas de la puerta foro, que toca; avanza la mano un poco más y tropieza con la llave de la luz eléctrica.) Aquí está el pestillo. (Da á la manilla, el aparato del centro se ilumina. Luz. Don Pepito queda frente á Manuel y petrificado.)
- MAN. ¡Cómo! ¿Es usted?
- PEP. El mismo. Buenos días. (Quitándose el sombrero.)
- MAN. ¿Otra vez aquí? ¿Qué significa esto?
- PEP. Pues... yo le diré á usted. (Inventando y aturullado.) ¡Que al salir me he perdido! Empecé á bajar escaleras y más escaleras... no se acababan nunca, y me he perdido: luego subí todas las que había bajado... y nada, que me he perdido.
- MAN. ¡Cosa más rara!
- PEP. Raro para usted, que conoce la casa, pero yo... Además, que esto no es hotel, es un palacio; corredores, galerías, habitaciones, escaleras; muchas escaleras y todo á oscuras; vaya, es claro, me he perdido.
- MAN. ¡Bueno; basta de conversación! Por aquí; (Puerta foro.) un tramo solamente y derecho,

todo derecho; en el jardín está la verja. ¡Pero puede que el portero se haya acostado! (Disponiéndose á acompañar á don Pepito.)

PEP.

(Evitándolo.) No, no señor; es decir, no se debe haber acostado; porque los porteros si no están en la portería, ¿dónde han de estar? Para eso son porteros. No salga usted, hace frío; ¡pero qué hotel más hermoso! Con que un tramo, el jardín y la verja. Basta, ya conozco el camino. No salga usted. Buenas noches, descansar... (Haciendo á Manuel repetidos saludos vase foro, cerrando la puerta.)

MAN.

¡Qué posmal! ¿Se habrá acostado mi mujer? (Acercándose primera derecha y escuchando.) No se siente nada. (Sube la escalera de caracol y entra en la habitación de arriba cerrando la puerta. El aparato eléctrico queda encendido.)

## ESCENA XII

DON PEPITO, luego ROSA. después AMALIA

PEP.

(Pausa. Asomando con precaución la cabeza por entre las cortinas de la puerta foro.) ¡Se marchó! Creí que no iba á acostarse. Vaya unas horas de andar dando vueltas sin tener que hacer, porque yo al fin y al cabo...

ROSA

(Segunda izquierda con la palmatoria y vela encendida y un gabán al brazo de opuesto color al que trajo Manuel al principio del acto.) ¡Qué trabajo me ha costado encontrarlo. Casualmente lo tenía en el perchero. Aquí está.

PEP.

¡Por fin! Pero, ¿qué es esto?

ROSA

Lo que usted me ha pedido.

PEP.

¿Yo?

ROSA

Sí, señor; el abrigo que el señor ha dado á Francisco; se lo regaló días pasados. (Dándole á don Pepito.)

PEP.

Si no es esto.

ROSA

¿Pues qué?

PEP.

El abrigo de tu amo, el que llevaba puesto esta noche.

ROSA

Toma, ¿y yo que sé dónde está?

- PEP. Metido dentro de la maleta.
- ROSA Sí, pero ¿y la maleta?
- PEP. ¡Pues esa es la madre del cordero! Si yo supiera dónde estaba, no te la hubiera pedido.  
(Sale Amalia primera derecha con bata de noche; don Pepito y Rosa á la izquierda continúan hablando bajo de espaldas á la puerta por donde sale Amalia y al lado opuesto.)
- AMAL. Me parece haber oído hablar aquí. ¡Hay luz! ¿Eh? ¡Rosa con un hombre!
- ROSA (Viendo á Amalia.) ¡La señorita!
- PEP. ¡Canastos! ¡Apaga la luz y vámonos!
- AMAL. ¡Caballero! (Retrocediendo.)
- PEP. Señora, estoy á sus piés.
- AMAL. (Asustada.) ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted en mi casa? ¡Atrás! (Retrocediendo y gritando, pero bajo.) ¡Ladrones!
- PEP. ¿Cómo ladrones? (A Rosa.) Dila que no soy un ladrón. ¿No se acuerda usted de mí? Tiene usted el honor de conocerme, es decir, yo he tenido el honor de serle presentado esta misma noche en el baile de la Viuda de Andana; soy don Pepito.
- AMAL. (Recordando.) Sí, recuerdo vagamente, pero eso no explica su presencia aquí.
- PEP. (Otra historia.) Muy sencillo. Su esposo de usted tuvo la amabilidad de invitarme á comer dentro de dos meses, y he venido á darle las gracias.
- AMAL. ¿A estas horas?
- PEP. Yo estoy por el día muy ocupado, y... (sin saber ya qué decir y aparte á Rosa.) ¡Dí tú algo!
- ROSA Sí, señor; voy á decir la verdad; no crea la señorita que yo tengo algún lío. (Pasando al lado de Amalia.)
- PEP. (¿Cómo lío?)
- ROSA Este caballero me ha dado tres duros para que yo le entregue el abrigo del señorito.
- AMAL. ¿Eh?
- PEP. (¡Qué lengua para un estofado!) Señora, todo eso es cierto. Usted seguramente no se explicará el motivo, porque no sabe una palabra; pero cuando le conozca...
- AMAL. ¿El motivo?



- PEP. Justo. Hablando en plata, yo he venido aquí á salvar su honor de usted, que se encuentra comprometido.
- AMAL. ¿Mi honor? ¡Hable usted, hable!
- PEP. Yo tengo la buena ó mala costumbre de apuntar en mi cartera la vida y milagros de todo el mundo. Pues bien, esa cartera la tiene su esposo de usted.
- AMAL. ¿Y á mí qué me importa?
- PEP. ¿No, eh? ¡Ah, desgraciada, que no sabe lo que se pesca! ¡Desgraciada mujer! Entre esa vida y esos milagros está su nombre de usted.
- AMAL. ¡Mi nombre! (Coge á Amalia de la mano separándola á un extremo para que Rosa no oiga.)
- PEP. Sí, con esta nota: «Emilio Ustáriz tiene relaciones íntimas con doña Amalia, la esposa de don Manuel.»
- AMAL. ¿Quién ha dicho eso? (Asustada.)
- PEP. No nos metamos en discusiones. Lo grave del caso es que don Manuel tiene la cartera.
- AMAL. ¡Dios mío! ¿Y ha leído?...
- PEP. Todavía no, pero puede leerlo.
- AMAL. ¡Es preciso recobrarla!
- PEP. Hace dos horas que no busco otra cosa. Su esposo de usted me ha sorprendido, y he tenido que inventar una historia.
- AMAL. Dice usted que en el abrigo...
- PEP. Eso es.
- AMAL. Rosa, ¿dónde está el gabán del señorito?
- ROSA (Aproximándose.) ¿Qué se yo? Lo habrá guardado Francisco.
- PEP. En la maleta. Lo sé por una casualidad.
- AMAL. Pues debe estar en el ropero. ¡Tráela, cueste lo que cueste!
- PEP. A mí ya me va costando tres duros. (Rosa vase segunda izquierda, llevándose la palmatoria con la vela encendida, que antes dejó sobre la mesa.)

## ESCENA XIII

PEPITO. AMALIA

- AMAL. Y ahora que estamos solos, señor mío, he de decir á usted... (Con dignidad.)
- PEP. Ni una palabra; pequé, me arrepiento de todo corazón, y hágo propósito de la enmienda; pero basta de sermones.
- AMAL. Si mi marido lee semejante calumnia, ¿qué hubiera hecho?
- PEP. No lo sé.
- AMAL. ¡Ha expuesto usted mi honor á la vergüenza pública!
- PEP. Bien, sí; pero yo también me he expuesto. ¡Sin contar los sustos pasados, don Emilio, que está abajo, tiene el firme propósito de romperme el bautismo para remate de cuentas!
- AMAL. ¿Emilio está abajo? (Sorprendida agradablemente.)
- PEP. Sí, señora; en un simón.
- AMAL. Entonces, él ha debido decir á usted...
- PEP. Que iba á enviarme dos amigos, y que yo había hecho cenizas dos hogares... una porción de cosas...
- AMAL. ¿Y también que somos inocentes?
- PEP. También. (Afirmativo categórico.)
- AMAL. ¡Pobre Emilio! ¡Pasar en el simón una noche tan fría, expuesto á helarse por salvarme! (Transición.) Ese caballero es un amigo íntimo de mi esposo, y nada más. ¿Qué le parece á usted?
- PEP. Me parece muy bien.
- AMAL. ¿Qué le parece á usted. ¿Sentirá frío?
- PEP. No señora, trae gabán, y además el cochero le ha prestado la manta del caballo.
- AMAL. ¡Dios quiera que no le ocurra nada! (Transición.) No es que me interese, particularmente; apenas le conozco; pero el deber de humanidad...
- PEP. Comprendido. (Disimulando.)

- AMAL. Saca la ropa. (Rosa empieza á sacar prendas que entrega á Don Pepito.)
- AMAL. Y mi doncella no vuelve. ¡Estoy nerviosa!
- PEP. Y eso que no hace más de cinco minutos que espera usted.

## ESCENA XIV

DICHOS: ROSA segunda izquierda con la palmatoria y una maleta

- AMAL. ¿Pareció?
- ROSA La maleta; pero no he podido abrirla y la traigo.
- PEP. Eres una doncella modelo. Toma. (Buscando en el bolsillo del chaleco.) ¡No tengo ni un céntimo! Tu señora te dará...
- AMAL. ¿Y la llave?
- ROSA No estaba allí.
- AMAL. ¡Otro inconveniente! Caballero, salte usted la cerradura; usted debe tener costumbre...
- PEP. ¿Cómo costumbre? Es la primera vez en mi vida...
- AMAL. No hay tiempo que perder.
- PEP. Bueno; vengan las herramientas.
- ROSA ¿Herramientas? ¡Las manos!
- PEP. ¡Qué fácil lo encuentra todo esta gente! Ea, (Para abrir la maleta se pone el sombrero que tenía en la mano desde la salida de Amalia.) manos á la obra. (Toma la maleta é intenta descerrajarla. Amalia y Rosa le ayudan formando grupo.) ¡Que si quieres! ¡Está dura de pelar! ¡Sudo tinta! (Sin soltar la maleta se quita el sombrero y lo deja sobre la mesa del centro á la que se encuentra próximo.)
- AMAL. ¿No cede?
- PEP. ¡Qué ha de ceder! Si es inglesa. Y con el miedo se me agotan las fuerzas. Esto es un compromiso. (Robo con fractura, nocturnidad y allanamiento de morada: circunstancias agravantes. ¡Lo menos diez años y un día!) (Cede la cerradura, abriéndose la maleta.) ¡Ah! ¡Por fin! ¡Ay! (Por efecto del esfuerzo Don Pepito se tambalea.)

- AMAL. ¿Se ha hecho usted daño?  
PEP. ¡No; es la satisfacción!  
PEP. Venga. (Echándose la ropa sobre el hombro y brazo izquierdo.)  
ROSA ¡Que lo arruga usted!  
PEP. No importa. Venga. Venga.  
ROSA ¡Dichoso gabán! Pues no está.  
PEP. Debajo de todo; hemos abierto la maleta al revés. ¡Mírelo usted! Aquí hay un bulto en el bolsillo. (Saca el mismo gabán que trajo Manuel puesto y del bolsillo del pecho la cartera.) ¡La cartera! ¡Nos salvamos!
- AMAL. ¡Respiro! (Se desmaya sobre don Pepito.)  
ROSA Señorita, ¿se pone usted mala? (Acude á Amalia, que sostiene don Pepito haciendo esfuerzos por la excesiva carga que sobrelleva.)  
PEP. ¡Es lo único que faltaba! Sostenla, yo no puedo con tanto peso. (Entregándosela á Rosa.)  
ROSA ¡Aire, aire! ¡Abra usted la ventanal  
PEP. Tengo las manos ocupadas.  
ROSA ¡Vamos! (Don Pepito cargado de ropa y con la cartera en la mano derecha se dirige á la ventana del foro.)  
PEP. ¿Cómo se corre este transparente?  
ROSA Tire usted del cordón, á la izquierda.  
PEP. (Aturdido.) ¡La izquierda! ¡la izquierda! ¿Dónde está la izquierda?... Aquí. (Como tiene el brazo izquierdo ocupado por la ropa y en la mano derecha la cartera, deja ésta en el cajoncito del ascensor, coge el cordón del mismo que equivoca con el del transparente y tira. El ascensor sube llevando dentro la cartera.)  
ROSA ¡Ese no; es del ascensor!  
PEP. ¡Y va dentro la cartera! (Mirándolo desaparecer. El ascensor ya no vuelve á bajar.)  
AMAL. ¿Qué? (Volviendo del desmayo.)  
PEP. ¡Nada, que he metido la patal es decir no, la cartera en el transparente; ¡tampoco! en el ascensor, y por tirar del ascensor... vamos, del transparente... ¡en fin, que la cartera ha volado!  
ROSA ¿Dónde tiene usted la cabeza?  
PEP. La cabeza en su sitio; ¡pero aquí hay más cuerdas que en un telar! Y, ¿dónde va á parar ese chisme?

- AMAL. Al cuarto de mi marido.  
PEP. Pues nos hemos divertido.  
AMAL. Puede que esté durmiendo; yo subiré. (Dirigiéndose á la escalera de caracol. En este instante el timbre eléctrico que está en el telón foro á vista del público suena.)  
ROSA ¡El timbre del señorito! (Petrificada.)  
AMAL. ¡Está despierto! (Idem.)  
PEP. (¿Pero ese hombre no duerme?)  
AMAL. ¡Pronto! ¡Ocúltese usted!  
PEP. (Cargado con la ropa y aturdido entra precipitadamente primera derecha. Rosa acude corriendo y le saca arrastrándole de un brazo.)  
AMAL. Por ahí no.  
ROSA Por aquí. (Dou Pepito se dirige á la escalera de caracol y sube un peldaño. Amalia y Rosa le detienen empujándole hacia la segunda derecha.)  
AMAL. ¡La maleta! (Que ha quedado en escena.)  
PEP. (Vuelve Rosa á sacarle, le cargan con la maleta y á empujones lo meten en la segunda derecha. Amalia se sienta desfallecida.) ¡Qué nohecital

## ESCENA XV

AMALIA, ROSA, MANUEL, luego PEPITO

- MAN. (Saliendo de su cuarto y en el descansillo de la escalera.) ¡Qué ruido! ¡Ahl ¿eres tú?  
AMAL. ¡Dios nos asista! (Apuradísima á Rosa.) No te vayas.  
MAN. Te creí acostada y á Rosa también.  
ROSA Le dió á la señorita un ataque de nervios...  
AMAL. Eso es... un ataque. Estábamos buscando el azahar...  
MAN. En la maleta...  
AMAL. ¿Eh? (Rápido.) ¿Qué dices?  
MAN. Que en la maleta debe haber una botella. (Baja por la escalera.)  
AMAL. (¡Ahl no ha visto nada.)  
MAN. ¿Por qué no me has avisado?  
AMAL. Creí que se pasaría pronto.  
MAN. Puedes retirarte. (A Rosa.)  
ROSA Y si la señorita...



- MAN. Para eso me quedo yo. (Ruido grande en la segunda derecha.) ¿Qué es eso?
- ROSA No sé. (Rápido.) ¡El gato, el gato!
- MAN. ¡Ahí dentro hay alguien!
- ROSA ¡Señorito! (Fingiéndose molestada por la suposición.)
- AMAL. ¡Manuell (Idem.)
- MAN. ¡Vamos á verlo! (Entra segunda derecha.)
- AMAL. (A Rosa.) ¡Pronto! ¡Sube! ¡La carteral! (Rosa va á subir la escalera en el momento que sale Manuel y la detiene.)
- MAN. ¡Un hombre! (A Rosa.) ¡No te vayas, quietal ¡Salga usted inmediatamente! (Sale don Pepito temblando y viene hasta el proscenio.) ¡Don Pepito!
- PEP. ¡Dominól)
- AMAL. ¡Un hombre! (Fingiendo asombro.)
- MAN. Ese es el gato... gato encerrado. ¿Qué hacía usted ahí dentro? Responda usted. ¿Qué hacía ahí dentro? (Con energía.)
- PEP. Nada, que me he perdido...
- MAN. ¿Otra vez?
- PEP. Sí; esto es muy grande, y como estaba cerrada la puerta...
- MAN. Vamos, no me haga usted perder la paciencia. Ese es el cuarto de la doncella. ¿Y (Rosa hace señas á don Pepito á espaldas de Manuel.) tú qué dices? (Sorprendiendo las señas.)
- ROSA Señorito... yo...
- MAN. ¡Comprendido... esa turbación!.. Ahora me explico su insistencia. ¡Bien, don Juan!
- PEP. No; don Pepito.
- MAN. ¡Bien, señor Tenorio!
- PEP. ¿Cómo Tenorio? Jiménez.
- MAN. Disculpo todas las pasiones. Pero al menos, por respeto á mi esposa y á mí, debieran ustedes haber escogido otro sitio...
- ROSA Señorito, ¿qué dice usted?
- AMAL. (A Rosa.) (Calla ó me pierdes. Yo lo arreglaré.)
- ROSA No te incomodes. Déjalos.
- ROSA (A Amalia.) (Pero señorita, si es un viejo.)
- AMAL. (Calla.)
- MAN. ¿Vamos, á qué negar lo evidente? A altas horas de la madrugada en el cuarto de la doncella... *de la que debiera ser doncella de*

- confianza*; me parece que no cabe duda...  
(Indignado.)
- PEP. Sin embargo, á veces las apariencias...  
MAN. Tenga usted siquiera el valor de afrontar la responsabilidad de sus actos. Confiese usted...  
AMAL. (Lo va á echar á perder.) (Dirigiéndose á don Pepito é increpándole.) Confiese usted. (A ROSA.) (Apoya tú.)  
ROSA (Asintiendo, y en tono resuelto á don Pepito.) ¡Confiese usted.  
PEP. (Resignado.) Vaya, pues confieso, y comulgo, y tomo todos los sacramentos.  
MAN. A nosotros nos quería usted hacer comulgar con ruedas de molino. Eso confirma. (Abalanzándose á don Pepito.)  
PEP. No, la confirmación, no. (Retrocediendo.)  
MAN. ¡A su edad de usted metido en estos trotes!  
PEP. Señora... (Suplicando á Amalia y pasando al centro de la escena.)  
AMAL. Mi esposo tiene razón. Esto es indigno de una persona decente. (Sin hacerle caso.)  
PEP. ¡Catalinal! (A ROSA.)  
ROSA ¡Déjeme usted en paz! (Mal humorada y separándose.)  
MAN. ¡Vale más no hablar de ello! ¡Mañana trataremos este asunto! (Don Pepito, buscando defensa, se acerca á Amalia para decirle el aparte, mientras Manuel, conteniendo su indignación, se pasea agitado.)  
¡No sé como me contengol...  
PEP. (A Amalia.) (¿Y la cartera?)  
AMAL. (Yo se la llevaré á usted.)  
MAN. Vamos: márchese usted de una vez.  
PEP. No deseo otra cosa. (Retirándose foro.) Señora, estoy á sus piés (¡á los piés de los caballos es donde estoy!)(A Manuel.) ¿Me hace usted el favor del sombrero?  
MAN. (Precipitadamente coge uno de los sombreros que hay sobre la mesa, y que será el del General, y se lo entrega á don Pepito.) Ahí va. Y tú, ¿qué esperas? (A ROSA.) ¡Coge el mantón y vete con tu novio. (Estupefacción en todos.)  
AMAL. (¿Eh?)  
ROSA ¿Cómo?

PEP.

Pero...

MAN.

Lo dicho. Así no volverá usted á perderse.  
Andando. (Sumamente incomodado y gritando.)

PEP.

(¿Y qué voy yo á hacer con esta mujer?)  
(Manuel agarra una silla amenazando á don Pepito y á Rosa; ésta suplica, Amalia se interpone; don Pepito, en el colmo del aturdimiento permanece asustado en la puerta foro. Dese mucha animación al cuadro.—  
Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## OBSERVACIONES

---

El monta objetos ó ascensor es un cajoncito entrelargo, de unos 40 centímetros por 15, empotrado en el telón foro; funciona por medio de cuatro poleitas, colocadas en sus ángulos, que se deslizan sobre alambres bien atirantados, y está suspendido en su centro de un cordón que pasa por una polea.

Juega desde dentro, y al subir debe ocultarse á la vista del público.

La llave de la luz eléctrica será dorada ó nikelada, de *manilla y no de botón*, grande, para que se vea, y por sí misma ha de dar corriente á la lámpara, á fin de que no falle y resulte preciso su efecto.

La maleta, de cuero, grande, de las que se abren en dos mitades, repleta de ropa de vestir en buen uso y alguna, aunque poca, blanca y muy *limpia*.

Los gabanes, el que sale en la maleta, que es el mismo que trajo Manuel, y el que saca Rosa, serán de colores completamente opuestos.

Don Pepito completará su tipo, sacando un gabán visiblemente pasado de moda y corto, de modo que asomen por bajo los faldones del frac.

Los efectos del acto dependen del ascensor y la luz eléctrica, así como de los claros y oscuros cuidese de que ambos aparatos funcionen con extremada precisión y aquellos se hagan en la misma forma.

Para que el cuadro resulte bien, puede, durante el acto, dejarse la sala á media luz.

Como la electricidad es insustituible en los teatros que no estén alumbrados por ella, podrá alimentarse el aparato de la escena por medio de pilas.

---

# ACTO TERCERO

---

Gabinete pequeño y modestísimo. Primer término derecha, ventana grande con vidrieras, éstas cubiertas por visillos blancos. Primer término derecha, puerta de dos hojas; segundo término, tapón pequeño que conduce á un desván. En el foro, vidriera de dos hojas cubiertas por visillos encarnados; al abrirlas se ve en el forillo una mesa de noche y una silla, suponiéndose la cama. A la derecha, cortando un tercio del escenario, biombo abierto, tras el juego de lavabo torneado (hay jabón y tohalla); en el paño percha donde está colgada la ropa que se cambia don Pepito. A la izquierda de la vidriera, foro, cómoda con espejo encima; sobre la cómoda y doblada, la bufanda de don Pepito. Colgadas en diferentes sitios, cuatro esterillas con multitud de fotografías. Media docena de sillas de anea, diseminadas.

## ESCENA PRIMERA

La PORTERA, primera izquierda, con una bandeja que tiene jícara de chocolate, medio panecillo y un vaso de agua. Llama desde la puerta y luego avanza

PORT.<sup>a</sup> ¡Don José! (En escena.) ¡Don José! ¿Está usted visible? ¡Pues no tiene el sueño poco pesado! ¡Don José! (Llama en la vidriera foro y al no ser contestada, la abre.) ¡Calla! La cama sin deshacer. No ha venido. Bien, me parece bien. ¡Como la casera lo sepa!... Y le acaba de rebajar medio duro el cuarto en atención á su buen comportamiento. ¡Vaya con don Pepito! Es la primera vez que hace esto. Porque es muy formal y muy decente... y



muy señor... sí, señor. (Deja la bandeja sobre la cómoda.) A no ser así, mi esposo no me consentiría poner los pies en casa de un hombre soltero. Porque mi esposo, como cochero de punto, le gustan las cosas en su punto; y cuando don José tomó este cuarto, me dijo: «Sabina, te autorizo para que hagas á ese caballero todos sus menesteres, sin más intereses que tres duros mensuales y las propinas que tenga á bien darte.» Pero el chocolate se está enfriando. ¡Ah! aquí viene. (Mirando primera izquierda.)

## ESCENA II

PORTERA. DON PEPITO primera izquierda, con la misma ropa que en el acto segundo, visiblemente cansado y de mal talante

PEP. ¡Alabado sea Dios!

PORT.<sup>a</sup> Muy buenos días.

PEP. Una silla. (La Portera le acerca una silla.) ¡Gracias á Dios, he podido llegar! (Sentándose.)

PORT.<sup>a</sup> ¿Viene usted malo?

PEP. No, señora; vengo deshecho. ¡Qué noche, válgame el cielo!

PORT.<sup>a</sup> Ha estado usted de boda, como si lo viera.

PEP. Sí, boda... ¡De entierro! ¡Por poco asiste usted al mío!

PORT.<sup>a</sup> ¿Un entierro de noche? Pues, mire usted; es la primera vez que lo oigo.

PEP. Bueno, no tengo ganas de conversación. Los otros pantalones... voy á mudarme. Estas aventuras concluyen con la salud y con la ropa.

PORT.<sup>a</sup> (Descuelga los pantalones que habrá en el perchero tras el biombo, y se los da. Don Pepito deja el sombrero sobre la cómoda, se quita el frac y chaleco, y empieza á desabrocharse los pantalones.) ¡Don José, que estoy yo aquí! (Volviéndose de espaldas.)

PEP. Es verdad, se me había olvidado; usted dispense. (Se mete tras el biombo, donde se muda de pantalones; al quitarse los que traía, enseña unos calzoncillos de franela colorados ó amarillos. Después se

lava las manos, etc., entreteniendo del modo que al actor parezca más conveniente, todo el resto de la escena que permanecerá tras del biombo.)

PORT.<sup>a</sup> ¿Conque ha estado usted de entierro? ¡Vaya! ¿Y quién era el muerto?

PEP. Un niño de once meses.

PORT.<sup>a</sup> ¡Angelito! ¿Y habrá usted pasado la noche consolando al padre?

PEP. No, señora; á la madre.

PORT.<sup>a</sup> Bien hecho; es una obra de caridad. Ahí tiene usted, ¡y yo le echaba mala fama!

PEP. La bufanda.

PORT.<sup>a</sup> (Coge la bufanda que estará sobre la cómoda.) Creí que andaba usted descarriado. ¡Como este Madrid está cada vez peor! (Alargándole la bufanda y recatándose de verle. Don Pepito saca el brazo, pero no coge la bufanda que cae al suelo.) La moral anda por los suelos.

PEP. No, lo que anda por los suelos es la bufanda.

PORT.<sup>a</sup> Ahí vá. (Recogiéndola y limpiándola.)

PEP. ¿Es muy tarde?

PORT.<sup>a</sup> Las ocho han dado en San Antón hace un rato.

PEP. Bueno.

PORT.<sup>a</sup> ¿Se acostará usted?

PEP. No, tengo que hacer.

PORT.<sup>a</sup> ¿Pero tomará usted el chocolate?

PEP. Sí.

PORT.<sup>a</sup> Aquí lo dejo, encima de la cómoda. No se vaya á enfriar. ¿Manda usted algo más?

PEP. Nada. ¡Ah, sí! Espero gente; una señora y un caballero.

PORT.<sup>a</sup> (Con curiosidad.) ¡Una señora! ¿De qué clase?

PEP. De la clase media; lo demás le tiene sin cuidado. Súbalos usted cuando vengan.

PORT.<sup>a</sup> ¿Que los suba yo?

PEP. Que los acompañe usted quiero decir, y me avisa; basta de conversación.

PORT.<sup>a</sup> Bueno, descuide usted. (¡De qué mal humor le ha puesto el entierro!) (Vase primera izquierda.)

### ESCENA III

DON PEPITO solo. Acerca el lavabo primer término, y se lava las manos

Ya estoy presentable. ¡Qué noche! Y sobre todo, ¡qué apoteosis! Empeñado en que me había de llevar á la doncella á toda costa. Y, vamos á ver: ¿qué hace un hombre á las tres de la madrugada con una chica joven y guapa? Por fin cedió don Manuel á los ruegos de su señora y me marché solo y de veras. Segunda parte. Bajo; el otro se pone furioso; trato de convencerle, en vano; me lleva al casino, cenamos, y vamos, con la cena se le aplacaron los nervios; convinimos que me retendría hasta las siete para evitar que me escapase, y acaba de ponerme en libertad para volver luego á recoger la cartera. ¡Dichosa cartera! Y á todo esto me han vuelto á cambiar el sombrero, no sé quién ni cómo. (Saliendo del biombo concluyendo de abrocharse la americana.) ¡Estoy dado á los mismísimos demonios!

### ESCENA VI

PEPITO, PORTERA después el GENERAL

- PORT.<sup>a</sup> (Primera izquierda.) Señorito, ¿está usted visible? (Esto lo dice ya en escena, y aun cuando la puerta estaba completamente abierta.)
- PEP. Adelante.
- PORT.<sup>a</sup> Un caballero pregunta por usted.
- PEP. ¿Está usted segura? ¿Es un caballero ó una señora?
- PORT.<sup>a</sup> Por fuera parece un caballero, es algo viejo, tiene facha de militar y debe haber sido guapo en sus tiempos.
- PEP. ¿Y qué quiere?

- PORT.<sup>a</sup> ¡Qué sé yo! ¡Dice que si no le recibe usted prende fuego á la casa!
- PEP. ¡Canastos! ¡Eso es gravel!
- PORT.<sup>a</sup> Debe tener muy mal genio. ¿Le digo que pase?
- PEP. Bueno. (Vase la Portera primera izquierda.) ¡Un militar! No sé quién podrá ser.
- GEN. (Trae bajo el brazo y envuelto en papel blanco el clak de don Pepito.) ¿Don José Giménez? (Con imperio.)
- PEP. Servidor. (¡El General de la sota!)
- GEN. Giménez con G, ¿no es eso?
- PEP. Justo.
- GEN. J. G. Corriente. ¿Sabe usted quién soy yo?
- PEP. Ya lo creo. El General Gosalvez. Hemos tenido el gusto de conocernos anoche en casa de la viuda de Andana.
- GEN. El gusto sería de usted.
- PEP. Bueno, mío. (¡Qué grosero!)
- GEN. ¿Conoce usted esto? (Desenvolviendo el clak que le enseña.)
- PEP. ¿A ver? ¡Mi sombrero!
- GEN. ¿Está usted seguro? (sin entregárselo.)
- PEP. ¡Vaya!
- GEN. ¡Se lo va usted á comer!
- PEP. ¿Eh?
- GEN. (Conteniéndose.) Tengamos calma. Vamos á ver. ¿Qué le he hecho yo á usted? ¿Por qué me persigue hace dos años?
- PEP. ¿Yo?
- GEN. Sí, señor. Desde el amanecer le he estado á usted buscando en la guía, y nada.
- PEP. ¿En la guía de ferrocarriles?
- GEN. No señor. En la guía comercial.
- PEP. Claro. ¿Cómo había de parecer en la guía, si estaba en el Casino?
- GEN. Primero J. G., luego F. G., después otra vez J.
- PEP. (¡Este hombre está loco!)
- GEN. Y nada, ni un indicio. Pero tuve una idea luminosa. He ido á casa de la viuda de Andana, he preguntado á los criados, han reconocido el sombrero, me han dado sus señas de usted y aquí estoy.
- PEP. Perfectamente. ¿Y en qué puedo servirle?

- GEN. ¡Rayos y centellas! ¿Es usted sordo? ¡Venga mi sombrero!
- PEP. ¡Ah! ¿Pero lo tengo yo?
- GEN. ¡Naturalmente!
- PEP. (Tomando el clak que está sobre la cómoda.) ¡Vamos, ya pareció el peine!
- GEN. ¿Qué peine?
- PEP. Ninguno: quiero decir, el dueño de este otro que no es mío. (Probándose.) Tiene usted más cabeza.
- GEN. ¡Caballero!
- PEP. No se ofenda usted: es signo de inteligencia. Annibal, Servio Tulio, Tarquino, Napoleón y otros muchos compañeros de usted tenían el cráneo muy desarrollado.
- GEN. Bien: á lo que importa. ¿Por qué me ha cambiado usted el sombrero?
- PEP. Qué sé yo. La fatalidad que me persigue desde anoche. ¿He cogido yo su sombrero de usted? ¿Ha venido él á buscarme? ¡No sé una palabra! Máteme usted si quiere, pero ya he dicho que es la fatalidad.
- GEN. Esas palabras me desarman. (Más tranquilo.)
- PEP. ¡Ah! ¿Venía usted armado?
- GEN. No le mato á usted.
- PEP. Gracias.
- GEN. Pero bajo una condición.
- PEP. ¡Venga!
- GEN. Confiese usted.
- PEP. (¡También este! Nada, que se han empeñado en hacerme buen cristiano.)
- GEN. Confiese usted que no ha pretendido divertirse conmigo.
- PEP. Lo confieso.
- GEN. Venga esa mano. Hagamos las paces. (Le alarga la mano, que don Pepito estrecha con la que tiene libre.)
- PEP. No deseo otra cosa.
- GEN. No: la del sombrero. Hagamos el cambio.
- PEP. ¡Hecho! (Cambian los sombreros.)
- GEN. ¿Qué me da usted aquí? ¡Esto es una tortilla!
- PEP. ¿Cómo una tortilla?
- GEN. ¿A ver?



- PEP. Hombre, está un poco estropeado pero nada más.
- GEN. Pues no debía estarlo, ni poco, ni mucho, porque lo estrené anoche. ¡Hágalo usted arreglar inmediatamente! Dentro de media hora volveré por él; si no está listo, se lo come usted!
- PEP. ¡Y dale! Este señor se figura que tengo hambre atrasada!
- GEN. ¡Lo dicho! ¡Buenos días! (vase primera izquierda.)
- PEP. Vaya usted con Dios. (Acercándose primera izquierda desde donde dice lo que sigue.) Ya sabe donde tiene su casa. En la portería puede usted recogerlo luego; no se moleste en subir las escaleras. (Retirándose de la puerta.) ¡La humanidad entera se ha propuesto concluir conmigo! ¡Pues no me faltaba más que el dichoso sombrerito!

## ESCENA V

### PEPITO y PORTERA

- PORT.<sup>a</sup> (Primera izquierda.) ¿Está usted visible? (Ya en escena y aun cuando ha visto á don Pepito.)
- PEP. ¡Adelante!
- PORT.<sup>a</sup> ¡Jesús, qué genio tiene ese caballero! ¡Por poco me tira del empujón! ¿Se ha tomado usted el chocolate?
- PEP. Ahora voy. No he tenido tiempo. Antes que se me olvide. Lleve usted esto á la sombrería más próxima (Le da el clak del General.) Y que lo arreglen. Dentro de media hora vendrá ese caballero á por él... se lo entrega usted. ¡Ah! De paso lleve usted este otro. (Le entrega el otro clak. Campanilla dentro.)
- PORT.<sup>a</sup> Llaman. (vase la Portera primera izquierda volviendo en seguida.)
- PEP. ¡Está lo mismo que la nieve! (Tomando el chocolate.)
- PORT.<sup>a</sup> Una señora.
- PEP. La que estaba esperando. Que pase. (vuelve á salir la Portera, entrando después detrás de Amalia, que trae la cara cubierta por la mantilla.)

## ESCENA VI

PEPITO, AMALIA, PORTERA. Don Pepito se acerca primera izquierda á recibir al personaje

PEP. (A Amalia.) Pase usted, señora. Vamos, ¿qué espera usted? (A la Portera que la mira con curiosidad. Vase la portera primera izquierda.)

AMAL. ¡Qué susto! Al bajar (Levantándose la mantilla.) del coche, he visto salir á mi tío de esta casa. ¡Qué alto vive usted! (Don Pepito le acerca una silla. Amalia se sienta.)

PEP. Un poco. El médico me ha mandado tomar aires puros. Pero qué vistas, ¿eh? Mire usted, setecientas diez chimeneas; las he contado la otra tarde. (Señalando primera derecha.) ¿Y la cartera?

AMAL. Aquí está! (Sacándola del pecho.)

PEP. ¡Uf! ¡Respiro!

AMAL. ¡Si supiese usted lo que me ha costado recuperarla!...

PEP. Mucho, ¿eh?

AMAL. ¡Un sacrificio! Cuando usted se fué subí al cuarto de mi esposo, apagué la luz y á oscuras... (El resto de la escena, Amalia, que no ha dejado la cartera, acciona con ella en la mano. Don Pepito trata de cogerla inútilmente hasta que lo indica el diálogo.)

PEP. No se veía nada... comprendido.

AMAL. ¿Qué supone usted?

PEP. Nada.

AMAL. No vaya usted á contarle á Emilio... á don Emilio... (Disimulando.)

PEP. Señora...

AMAL. ¡Tiene usted una inventiva!...

PEP. ¿Yo?

AMAL. Prueba de ello lo escrito en esta cartera.

PEP. Hemos convenido en que era un cuento; no se hable más.

AMAL. Emilio es un perfecto caballero, galante, amable, íntimo amigo de mi esposo; pero de ahí á lo que usted supone...

- PEP. Si yo no supongo nada.
- AMAL. Las mujeres tenemos un corazón...
- PEP. Y los hombres otro.
- AMAL. Un corazón sensible. Ahí va el cuerpo del delito. (Le entrega la cartera.) Deseo que en mi presencia rompa usted la página pecadora.
- PEP. No me es posible; he prometido á don Emilio devolverle la cartera íntegra.
- AMAL. ¿Cuándo va usted á verle?
- PEP. Hoy mismo; aquí vendrá de un momento á otro.
- AMAL. Entonces me marchó. Mi esposo no sabe que he salido. (Campanilla.) ¡Llaman!
- PEP. Debe ser don Emilio.
- AMAL. ¿Qué hacemos? ¿Por dónde salgo? (Asustada.)
- PEP. ¡Por la puerta ó por el tejado!... ¡Yo no tengo preparada la casa para estos líos!
- AMAL. Ocúlteme usted.
- PEP. Eso es otra cosa. Aquí. (Llevándola foro y abriendo la vidriera.)
- AMAL. ¡La alcoba!
- PEP. Puede usted traspasar la puerta sin reparos. Es usted la primera mujer, á excepción de mi portera, que...
- AMAL. (Medio mutis.) ¡Ah, me olvidaba! Antes de salir de casa he hablado á mi... (Campanillazo fuerte.)
- PEP. Bueno, que se impacienta; ya me contará usted luego esa historia. (Empujando á Amalia hacia el foro.)
- AMAL. Despáchele usted pronto. (Oculta á Amalia y cierra la vidriera.)
- PEP. En seguida. Si se aburre usted, en la mesa de noche están las novelas de Paul de Kock. (Don Pepito guarda la cartera en uno de los bolsillos de la americana.) ¡Pues, señor, ande el movimiento! (Entra un momento primera izquierda, saliendo en seguida acompañado de Manuel.)

## ESCENA VII

DON PEPITO y MANUEL

- PEP. (Dando voces.) ¡Calle! Si es *don Manuel*. ¡Pase usted, *don Manuel*! ¡Adelante, *don Manuel*! ¡Vaya con *don Manuel*!
- MAN. ¿A quién me anuncia usted?
- PEP. A nadie; es una manifestación del honor que recibo con su visita. (¡A ver si la otra se entera!) Una silla.
- MAN. Falta me hace: vive usted á unas alturas... (Sentándose.)
- PEP. ¡Sí, pero mire usted qué vistas, setecientas diez chimeneas! (Señalando á la ó derecha.) Aquí se respiran aires muy puros. ¡Por mi gusto, todavía viviría más alto!
- MAN. ¿Para qué?
- PEP. Para alejarme de los mortales.
- MAN. Bueno; á lo que importa. Mi esposa ignora que he venido. Yo adelanto.
- PEP. (No, atrasas.)
- MAN. Adelanto el curso de los acontecimientos para evitar sus consecuencias. He detenido nuestro viaje por culpa de usted.
- PEP. ¿Por mi culpa?
- MAN. Sí, señor. El asunto de Rosa, nuestra doncella, no puede quedar así.
- PEP. (¡La doncella! ¡Ya se me había olvidado!) ¿Y por asunto tan... trivial se ha molestado usted?
- MAN. No puede quedar así. Al grano.
- PEP. (¡No tengo yo mal grano contigo!)
- MAN. Estoy muy preocupado, mucho; usted ha perdido á esa pobre muchacha.
- PEP. Pues mire usted, es lo primero que pierdo en mi vida.
- MAN. Su padre, guarda de una de mis posesiones, nos la confió.
- PEP. ¡Ah! ¿El padre es guarda? Pues se la podía haber guardado.
- MAN. Un hombre de bien. ¡Si él supiera!...

- PEP. Yo siento mucho haber sido causa inconsciente, y...
- MAN. Ya, ya supongo que la intención de usted es reparar la falta cometida.
- PEP. ¿Eh? (Escamado.)
- MAN. No pretendo que se case usted con ella.
- PEP. ¡Canario!
- MAN. Mi severidad no llega á ese extremo. Si fuese uno á llevar al altar todos los pecadillos de la vida...
- PEP. No tendrían tiempo los curas para echar bendiciones. (Riéndose.)
- MAN. (Con seriedad.) Estamos hablando en serio.
- PEP. ¿Quién lo duda? ¡Esto se va poniendo serio!
- MAN. Después de lo ocurrido, me veo en la precisión de enviar á esa muchacha al lado de sus padres; pero como usted es la causa, le debe una compensación.
- PEP. ¡Bueno; pues si la debo, la pagaré! ¿Qué compensación?
- MAN. Eso lo trataremos delante de ella. Ha venido conmigo; pero quedamos en que subiera detrás, y debe estar esperando.
- PEP. No me faltaba más que esto. ¡Un careo con mi víctima!

## ESCENA VIII

DICHOS y ROSA

- MAN. (Se acerca primera izquierda y llama á Rosa, que entra.) Entra, entra sin cuidado.
- PEP. (¡Esta va á enredar la madeja, como si lo viera!) (La colocación de los personajes es: Don Pepito á la derecha, Manuel en el centro y Rosa á la izquierda.)
- MAN. Ahí la tiene usted. Vamos, prescindan ustedes de que estoy yo aquí.
- ROSA. Pepe, ¿no me dices nada? (Fingiéndolo y con mucha dulzura.)
- PEP. Buenos días; ¿se ha descansado? (Con seriedad muy cómica y sin mirar siquiera á Rosa.)



- ROSA ¡Eso es, incomódate ahora! Bien sabes que yo no tengo la culpa de lo que ha sucedido.
- PEP. (¡Y me tutea!) (Con asombro.)
- ROSA Te empeñaste en entrar...
- MAN. Claro, se empeñó usted...
- PEP. (¡Nada, que yo me he empeñado y ellos tienen la papeleta!)
- ROSA Yo le decía: «En casa no quiero, nos van á pillar.» Créame usted, señorito.
- MAN. Te creo. ¿Qué dice usted á esto?
- PEP. Pues, nada; ella se lo dice todo.
- MAN. Usted se figuró que nunca podría descubrirse.
- PEP. Eso es. (Asintiendo.)
- ROSA Y luego me lo decía de una manera...
- MAN. ¡Desgraciada!
- PEP. ¡Pobrecita! (Indignado.)
- MAN. ¿De manera que tú quieres al señor?
- ROSA (Tras breve pausa y con pasión.) ¡Con toda mi alma!
- PEP. (Pero, ¡qué poca vergüenza!)
- MAN. La verdad; ¡no me lo explico!
- PEP. Ni yo tampoco.
- MAN. Sin que sea ofenderle, usted no es ningún pollo.
- PEP. No me ofendo.
- MAN. ¿Cómo se las ha podido usted arreglar para inspirar una pasión á esta muchacha?
- PEP. ¡Qué sé yo, mi conversación quizás!
- ROSA ¡Ay, si usted le oyese cómo habla, qué pico!
- PEP. ¡Sobre todo los días de fiesta!
- MAN. Si, las fiestas de guardar. (¡No salgo de mi asombro!)
- ROSA Pues, hija mía, lo siento; pero después de lo ocurrido no puedes continuar en casa.
- ROSA Bueno; me vendré á vivir contigo. (Acercándose á don Pepito.)
- PEP. Eso no puede ser: mañana me mudo.
- MAN. De ningún modo. Volverás al lado de tus padres, que no sabrán nada, y en el pueblo te casarás.
- PEP. Muy bien dicho.
- ROSA ¡Casarme! ¡Soy pobre!
- MAN. Pero el señor te dota.

- PEP. ¿Yo?
- MAN. (Es la compensación.) Con mil pesetas asunto concluido.
- ROSA ¡Gracias, Pepe, gracias!
- MAN. (Puede usted estar satisfecho. ¿Qué son mil pesetas?)
- PEP. Nada. ¡Estoy más contento que unas Pascuas!
- MAN. Ya sabe usted el refrán: «Bien hayan mis bienes que remedian mis males.»
- PEP. Convenido. Si son los bienes de usted los que remedian mis males...
- MAN. Ahora que tu presencia ya no es necesaria, despídete.
- ROSA ¡Para siempre!
- PEP. Sí, hija, hasta la eternidad.
- ROSA ¿Quieres darme un abrazo?
- PEP. Bueno. Eso ya es otra cosa. Con permiso. (Abrazándola.)
- ROSA ¡Adiós, Pepe!
- PEP. ¡Adiós, Juanal (Idem exageradamente.)
- ROSA (No; Rosa.) ¿Me escribirás con frecuencia?
- PEP. Todos los días.
- ROSA ¿Qué me queda en el mundo sin tí?
- PEP. Los cuatro mil reales.
- ROSA (Todo es mentira.) (Mientras le abraza.)
- PEP. (¡Vaya una novedad!)
- ROSA (La señorita me ha mandado fingir para que don Manuel no sospeche.)
- PEP. (¡Acabáramos!) Adiós, Rosa. (Volviendo á abrazarla exageradamente.)
- MAN. Vamos, vamos. (Interponiéndose.)
- PEP. ¡Se me parte el corazón. (Fingiendo llorar.)
- MAN. ¡Vivir para ver! No me podía yo figurar que iba usted á sentirlo tanto. Tranquilidad. Y por mí, si usted quiere, que se quede aquí Rosa...
- PEP. No, no; ya estoy más tranquilo.

## ESCENA IX

DICHOS. PORTERA, primera izquierda

- PORT.<sup>a</sup> ¿Está usted visible?  
PEP. Adelante. ¿Qué hay?  
PORT.<sup>a</sup> (¡Otra señora! Y van dos, digo, tres.) (Reparando en Rosa que se ha separado y habla con Manuel.)  
PEP. Se dan señoras. ¿Dónde está?  
PORT.<sup>a</sup> Sube detrás de mí.  
PEP. ¿No ha dicho su nombre?  
PORT.<sup>a</sup> Sí; aquí traigo la tarjeta. (Buscando en los bolsillos del delantal) (¿Por dónde habrá entrado esta y por dónde habrá salido la otra?)  
ROSA Adiós, Pepe.  
PEP. Adiós... y feliz viaje. (Acompañándola hasta la primera izquierda, por donde se va Rosa.)  
PORT.<sup>a</sup> (Que ha encontrado la tarjeta.) Aquí está.  
PEP. (Leyendo.) «Josefina de Ustáriz.»  
MAN. ¡Josefina!  
PEP. Así parece.  
MAN. ¿Con qué objeto viene aquí esa señora?  
PEP. Lo ignoro.  
MAN. Pues yo deseo saberlo. (A la Portera que se va primera izquierda.) Diga usted á esa señora que pase.  
PEP. (¡Pues me gusta! ¡Dispone lo mismo que si estuviera en su casa!) Pero no comprende usted que en mi presencia...  
MAN. No me verá. Aquí dentro... (Dirigiéndose puerta foro.)  
PEP. ¡Canastos! (Interponiéndose.) No, ahí no!  
MAN. Detrás del biombo. (Se oculta detrás del biombo)  
PEP. ¡El marido en el biombo, su mujer en la alcoba, la otra mujer que viene y el otro marido que va á venir!... ¡Esto es una sucursal del Doctor Ezquerdo!

## ESCENA X

DON PEPITO. JOSEFINA, primera izquierda

- JOS. Buenos días.  
PEP. A los pies de usted... Tome usted asiento.  
(Ofreciéndole una silla.)  
JOS. ¡Caballero, vengo desecha! (Sentándose.)  
PEP. La escalera; sí, vivo un poco alto, pero mire usted qué vistas, setecientas diez chimeneas.  
JOS. ¿Qué ha hecho usted de mi esposo? (Con aversiedad.)  
PEP. ¿Yo?  
JOS. ¿Dónde está?  
PEP. Supongo que en su casa.  
JOS. No; vengo de allí.  
PEP. Entonces...  
JOS. Sea usted franco, dígame la verdad, por amarga que sea. Anoche se fué con usted; me dijo que un asunto de honor le impedía acompañarme! no ha regresado aún; es la primera vez que esto sucede; desesperada, loca, no sabiendo á dónde dirigirme he ido á casa de la viuda de Andana, y un criado me ha dado las señas de usted.  
PEP. (¡Allí dan mis señas á todo bicho viviente!)  
JOS. ¡Sáqueme usted de esta agonía! ¿De que se trata? ¡Un duelo! ¿No es eso? ¡Un duelo!  
PEP. ¡Justo, un duelo!  
JOS. ¿Se ha batido él?  
JOS. No; he sido yo; don Emilio era uno de mis testigos.  
PEP. ¿Y se ha efectuado el duelo de noche?  
PEP. ¡Sí!  
JOS. ¿Dónde?  
PEP. En un simón. Es decir, un simón nos ha arrastrado al campo. Eramos nueve.  
JOS. Habrá sido una batalla.  
PEP. No señora. Los dos adversarios cuatro testigos, dos médicos y un boticario. (Con ademanes cómicos.)  
JOS. ¡Jesús!

- PEP. Tres palmadas, dos detonaciones y un cuerpo que muerde la tierra. Asunto concluído.
- JOS. ¿Ha matado usted á su contrario? (Aterrada.)
- PEP. Creo que sí; no tuve tiempo de enterarme, porque yo también estaba más muerto que vivo. Después nos avisaron que la Guardia Civil se acercaba... echamos á correr y nos separamos.
- JOS. De manera que mi esposo no ha corrido...
- PEP. Vaya si ha corrido, como todos.
- JOS. No ha corrido ningún peligro.
- PEP. ¡Ah, no! Los peligros los he corrido yo sólo.
- JOS. Eso me tranquiliza.
- PEP. Gracias. (Me voy á dedicar al cultivo de la novela.)
- JOS. Pues caballero, dispense usted (Levantándose.) mi atrevimiento en venir á molestarle, pero lo he hecho sin darme cuenta... ¡la preocupación! ¡Me habían dicho que Emilio me faltaba; que otra mujer me robaba su cariño, y la imaginación se pone en lo peor!
- PEP. Ya me hago cargo. Por ahora puede usted estar tranquila, no ha faltado á sus deberes... Toda la noche la ha pasado conmigo.

## ESCENA IX

DICHOS. MANUEL

- MAN. ¡Mentira! (Saliendo del biombo, y dirigiéndose á Josefina.)
- PEP. ¿Eh?
- JOS. ¡Manuell!
- PEP. (¡Esto es lo único que faltaba!)
- MAN. ¡La engañan á usted miserablemente, adorada Josefina!
- PEP. (¡Caracoles! ¡Y su mujer ahí dentro!) (Suplicando.) ¡Chist!... Más bajo, más bajo.
- MAN. Déjeme usted.
- PEP. Lo va á oír la otra.
- JOS. ¿Me engañan? Luego usted sabe...
- MAN. Sí, querida Josefina.
- PEP. ¡Más bajo, más bajo! (Moviendo las sillas para hacer ruido é impedir que se oiga.)



- MAN. Calle usted. La noche que usted ha pasado inquieta, desolada, ha transcurrido para su esposo mucho más agradable.
- PEP. ¡Hombre, por los clavos de Cristo, me hace usted el favor de bajar la voz!
- MAN. ¡Y dale! ¿Por qué he de hablar bajo?
- PEP. Porque hay un enfermo grave en el principal.
- JOS. ¿Tiene usted pruebas de lo que ha dicho?
- MAN. Hay un testigo y cómplice al mismo tiempo de su esposo de usted. El señor. (Señalando a don Pepito.)
- JOS. ¡El!
- PEP. ¿Yo?
- MAN. Sí, usted que asegura no haberse separado de Emilio, cuando ha pasado toda la noche en mi casa.
- PEP. (¡La bomba final!)
- JOS. ¿Es cierto? (A don Pepito.)
- PEP. Señora... yo me explicaré. La emoción del duelo... la falta de costumbre... el... pero don Emilio es inocente. (A Manuel.) (¡Cállese usted!)
- MAN. ¡No me callo! ¿Ha estado ese caballero con usted si ó no?
- PEP. Sí.
- JOS. ¿En casa del señor?
- PEP. No.
- JOS. ¿Entonces, dónde?
- MAN. Eso es, ¿dónde?... ¿dónde?
- PEP. ¡Pues... en en los infiernos! Vayan ustedes á paseo, me van á volver loco! (Retirándose hacia el foro.)
- MAN. (A Josefina.) ¿Lo ve usted?
- JOS. ¡Es verdad! Todos me engañan; pero vengaré el agravio... lo vengaré. (Paseándose agitada.)
- MAN. Ojo por ojo y diente por diente. (Manuel se pasea siguiendo los movimientos de Josefina.)
- PEP. Atiza.
- JOS. Ah, señor marido, peor para usted... ¿Guerra? ¡Pues guerra! ¡Quisiera estar en su presencia para confundirle!
- MAN. ¡Le confundiremos juntos!

## ESCENA XII

DICHOS. PORTERA

- PORT. <sup>a</sup> (Primera izquierda.) ¿Está usted visible? (Como anteriormente.)
- PEP. Adelante.
- PORT. <sup>a</sup> Este señor pregunta por usted. (Entregándole una tarjeta.)
- PEP. ¿No quieren ustedes confundirle? Pues ahí está Emilio Ustariz. (Leyendo. A la portera.) Dígale usted que pase.
- JOS. ¡Escóndame usted por Dios... si me vieses! (Aturdida y suplicando.)
- PEP. Pues no decían ustedes...
- MAN. Sí; pero ahora no es oportuno. Mas adelante.
- JOS. Mi marido en el primer pronto es capaz de matarme y luego...
- PEP. Costear el entierro.
- JOS. Aquí. (Dirigiéndose foro.)
- PEP. No; esa es la cocina. (Interponiéndose.) Aquí. (Llevándola al biombo.)
- JOS. Ocúltese usted también, yo se lo ruego; por prudencia.
- MAN. Conste que es prudencia. (Se dirige al biombo.)
- PEP. Sí, pero no juntos, ¿eh? (Impidiéndole que se oculte en el biombo.)
- MAN. ¿Dónde?
- PEP. Aquí. (Segunda izquierda.) Es un desván. Estará usted ancho. No hay más que polvo y telarañas. (Le oculta cerrando la puerta.) ¡Uf!
- AMAL. ¿Puedo salir? (Amalia asoma la cabeza por la vidriera foro.)
- PEP. ¡No! (Cerrando precipitadamente la vidriera, se supone haber cogido la mano á Amalia, que da un grito.)
- AMAL. ¡Ay!

## ESCENA XIII

DON PEPITO y EMILIO

- EMIL. (Primera izquierda oye el grito de Amalia.) ¡Qué es eso, está usted cantando!

- PEP. Sí, señor, de gusto; estoy muy contento.
- EMIL. ¡Buena señal! ¿La cartera ha parecido?
- PEP. Acertó usted. Aquí está. (Sacándola.)
- EMIL. ¡Respiro! ¡Qué noche; no recuerdo haber pasado otra igual!
- PEP. Ni yo; es decir, miento. ¡La del día en que me desterraron; se lo he oído referir á mi madre!
- EMIL. Cuando nos separamos para entretener el tiempo, jugué...
- PEP. Y perdió usted.
- EMIL. Sí.
- PEP. ¡Claro! Afortunado en amores...
- EMIL. Después he ido á casa á tranquilizar á mi mujer.
- PEP. Y había salido.
- EMIL. ¿Quién se lo ha dicho á usted? (Rápido.)
- PEP. Nadie. (Inventando.) La lógica. Su señora no podía estar más que en casa ó fuera de casa; no estaba en casa, luego estaba fuera de casa.
- EMIL. En misa: he esperado inútilmente; la impaciencia me consumía; pero, en fin, todo lo doy por bien empleado, puesto que la tiene usted aquí.
- PEP. ¿A quién? ¿Qué tengo yo?
- EMIL. ¡La cartera! ¿No ha dicho usted que la tenía?
- PEP. Sí, sí; ahí va. (Entregandosela.)
- EMIL. Me parece mentira que voy á poder romper esa maldita hoja, causa de tanto disgusto.
- PEP. ¿Dónde está? (Hojeando el cuaderno.)
- EMIL. En la U. Ustariz; llevo las apuntaciones por orden alfabético de apellidos; es muy cómodo.
- EMIL. Con todas sus letras. (Leyendo.) Emilio Ustariz tiene relaciones íntimas y correspondidas, con la señora de su amigo, íntimo también, don Manuel.

#### ESCENA XIV

DICHOS, JOSEFINA y MANUEL, después AMALIA

- JOS. ¡Cómo! (Saliendo del biombo y dirigiéndose á Emilio.)

- MAN. ¿Qué? (Saliendo segunda izquierda y dirigiéndose á Emilio.)
- EMIL. ¡Mi mujer! ¡Manuell! (Volviendo alternativamente la cabeza asombrado al ver los personajes.)
- PEP. ¡Anda morena!
- EMIL. ¡Qué significal...
- JOS. No preguntes; contesta. (Interrumpiéndole.)
- MAN. Contesta. (idem.)
- PEP. ¡Vaya un lío! ¡Allá ellos! (Se retira á la derecha sentándose y siguiendo los movimientos de los personajes.)
- JOS. Con que Emilio Ustariz tiene relaciones íntimas...
- MAN. Con mi mujer.
- EMIL. ¿Eh? poco á poco.
- JOS. Y yo dudaba.
- MAN. ¡Y yo preguntando por todas partes dónde tenía el nido! ¡No era malo el que me estaban haciendo!
- PEP. ¡Me dejan relegado al olvido, más vale así.
- JOS. Ojo por ojo...
- MAN. ¡Nos veremos!
- EMIL. ¿Pero, quieren ustedes tener un poco de calma? Yo no he dicho...
- JOS. ¿No, eh?
- MAN. Bien claro hemos oído...
- EMIL. No. ¡Leía con indignación esta infame calumnia escrita por ese caballero! (Señalando á don Pepito.)
- JOS. }  
MAN. } ¿Eh?
- PEP. Ya estoy otra vez en danza. (Levantándose.)
- MAN. ¿Con que usted?...
- EMIL. ¡Este caballero se dedica á coleccionar en su cartera todas las especies que recoge en mitad del arroyo! (Manuel coge de manos de Emilio la cartera y lee lo escrito.)
- PEP. (¡Eso es, como los traperos!)
- MAN. ¡Esto es el colmo! ¡La noticia tiene segunda parte! Escuchen ustedes: (Leyendo.) «De su amigo, íntimo también, don Manuel y viceversa; el susodicho don Manuel, corresponde á su amigo, prodigando á la esposa del mismo los consuelos que requiere su triste situación.»

- AMAL. (Foro.) ¡Falso! ¡Mentira! ¡Es usted un villano! (Acercándose á la derecha de Manuel.)
- MAN. ¡Mi mujer! (La colocación de los personajes de derecha á izquierda, es don Pepito, Josefina, Emilio, Amalia y Manuel.)
- PEP. La apoteosis.
- EMIL. ¡Pero esta casa es un palacio encantado! (Mirando en derredor.)
- MAN. ¿Qué hacía usted aquí, señora!
- AMAL. Vindicar mi honra arrastrada por el fango. Soy inocente.
- MAN. Pero su presencia de usted en ese cuarto...
- AMAL. Conociendo tu carácter y sabiendo que venías á arreglar el asunto de la doncella, quise evitar un disgusto anticipándome; tu llegada, me sorprendió, y... (Continúa hablando bajo con Manuel.)
- PEP. (¿En dónde pararán estas misas?)
- JOS. (Como terminando de darle explicación.) He pasado la noche en vela esperándote, inquieta: no pudiendo resistir más, vine á preguntar á este caballero; sus palabras no me convenían, llegaste, quise oír sin ser vista y me oculté. (Continúa hablando bajo con Emilio.)
- PEP. El cielo se va despejando. (Mirando á los demas personajes.)
- MAN. Corriente. Ahora nosotros. (Pasando á el lado de Emilio.) Esa acusación escrita, ¿qué fundamento tiene? (Con imperio.)
- EMIL. Me creo con derecho á hacer la misma pregunta. (Idem.)
- PEP. Señores, por Dios... en esta casa... (Avanzando para interponerse.)
- EMIL. ¡No hay más que una persona que pueda sacarnos de dudas!
- MAN. ¿Quién?
- EMIL. Usted.
- PEP. ¿Yo?
- MAN. Eso es.
- PEP. ¿Y cómo?
- EMIL. Diciendo la verdad.
- JOS. } La verdad. (Amalia, Josefina, Manuel y Emilio, miran fijamente á don Pepito, solicitando con sus miradas prudencia.)
- AMAL. }



PEP. Pues nada, sencillísimo. (Pausa.) Se van ustedes á quedar con dos palmos de boca abierta.

MAN. Veamos.

PEP. Esta madeja es como todas las madejas: cuando se enrêda, parece una montaña, y despues, en encontrando el hilo...

EMIL. Venga el hilo.

PEP. (¡Una cuerda para ahorcarme!) ¡Allá vá! La señora viuda de Andana, amiga de todos nosotros, me encargó que para las últimas de sus reuniones le escribiese una comedia en un acto. Yo empecé á llamar á las musas... nada, no respondían... volví á llamarlas... (Pausa.)

MAN. ¿Y qué?

PEP. Me contestaron. La fábula de la comedia, es la siguiente: Dos amigos casados que tratan de engañarse recíprocamente. ¡Enredos que no se ven más que en el Teatrol Ahora bien: conociendo las aficiones de ustedes por Talía, los tomé como intérpretes de la acción.

EMIL. ¿A nosotros?

PEP. A los cuatro. Y como aún no había bautizado á los personajes, sustituí su nombre ficticio por el real, tomando anotación para que no se me olvidase. ¡Don Emilio tiene relaciones con doña Amalia, (Emilio y Amalia protestan,) por supuesto, en comedia! y don Manuel pretende tenerlas con doña Josefina, (Manuel y Josefina protestan) en comedia tambien; y naturalmente, como la mujer del uno engaña á su marido con el marido de la otra y viceversa... es el caso... (Enredándose) nada, que eso es todo.

MAN. ¡Ya!

EMIL. Efectivamente. La explicación es satisfactoria. (Como dudando.)

MAN. (¿Dudará éste?)

EMIL. (¿Lo habrá creído?)

JOS. ¿Y esa explicación, por qué no haberla dado antes para evitar este disgusto? (A don Pepito.)

- AMAL. ¡Eso es; antes de comprometer nuestro buen nombre. (Idem.)
- PEP. Porque nadie me la había pedido, y... nunca me pude figurar, que una cosa tan sencilla pudiera dar origen...
- MAN. Basta. Por mi parte quedo satisfecho. (Manuel y Emilio se estrechan las manos.)
- EMIL. Lo mismo digo.
- MAN. (Pasando al lado de Josefina y aparte.) Señora, que la antigua amistad que me une con su esposo, no se rompa por este incidente, y desde ahora...
- JOS. (¡Desde ahora, no vuelva usted á comprometerme con sus ridículas pretensiones!)
- EMIL. (Pasando al lado de Amalia.) (¡Ya ha visto usted: no hay más remedio!...)
- AMAL. (¡Ahogaré mi pasión en lágrimas!) (Suspirando.)
- EMIL. (Bueno, ahóguela usted.) (Separándose de Amalia.)
- PEP. Se firmaron las paces. Que sea enhorabuena. (¡Y pensar que si alguno de ellos fuera inocente, esto hubiera concluído en trágico!)
- MAN. Ahora una advertencia. Por nuestra parte sentimos no poder ser intérpretes de la comedia que usted escribe... Nos vamos esta noche.
- EMIL. Hágalo usted extensivo á mi esposa y á mí. Nos vamos mañana.
- PEP. ¡Vaya por Dios! Eso me obliga á modificar el argumento. Pero sin tomar notas.

## ESCENA XV

DICHOS, el GENERAL, después PORTERA

- GEN. (Primera izquierda y dentro.) ¡Rayos y truenos! ¡Voto á una legión de demonios! (En escena.) ¡Ira del cielo! (Entra con ademán amenazador y un clak en la mano y se dirige hacia don Pepito pasando por delante de los personajes.)
- MAN. ¡El tío!

- JOS. ¡El General!
- GEN. (A don Pepito mostrándole el sombrero.) ¡J. G.!
- ¡Esto es una burla! ¡Voy á dividirle á usted por el espinazo! (Avanzando hacia don Pepito.)
- PEP. ¿Eh? (Retrocediendo.)
- MAN. } ¡Tío! (Interponiéndose.)
- AMAL. }
- EMIL. } ¡General! (Idem.)
- JOS. }
- GEN. ¿Vosotros aquí? ¡Me alegro! ¡Este hombre es el que me viene persiguiendo hace dos años! El que me cambia los sombreros y los abrigos.
- PEP. ¡Protesto!
- GEN. He tenido la delicadeza de dispensarle, obligándole á que hiciese planchar mi sombrero, y me lo vuelve á cambiar!
- PORT.<sup>a</sup> (Primera izquierda con el otro clak en la mano y muy fatigada.) ¡Caballero! ¡Caballero!... Que me he equivocado de chistera; ¡esta es la suyal (Dándole el clak que trae.)
- PEP. ¿Lo ve usted? ¡Hombre de Dios!
- GEN. ¿Y por qué no lo ha dicho usted antes? (Mirando el clack.)
- POR1.<sup>a</sup> Porque es usted muy vivo de genio y no me ha dado tiempo. Vengo echando los bofes escaleras arriba.
- GEN. Bueno, dispense usted este pronto, pero no retiro mi acusación.
- PEP. ¡Hombre, salgan ustedes fiadores, á ver si le quitan de la cabeza que yo me dedico al pillaje de gabanes y sombreros!
- PORT.<sup>a</sup> (Que ha mirado con curiosidad y asombro á todos los personajes.) Sí, todos los que han subido. (¿Pero dónde se había metido esta gente?)
- EMIL. Respondemos del señor, General.
- AMAL. Respondemos. Esta ha sido una casualidad que yo le explicaré á usted, tío.
- EMIL. Éa, las manos, y *Pax Christi*. (Don Pepito y el General van á estrecharse las manos.)
- MAN. (Interponiéndose, y con gravedad.) Poco á poco. Las ofensas que hemos recibido de don Pepito, exigen una reparación en el terreno del honor. Tenemos la elección de armas. (Pau-

sa.) Propongo una comida. (Don Pepito, que ha escuchado las anteriores palabras asustado, lanza un ¡Ah! de satisfacción y tranquilidad.)

EMIL.

AMAL.

JOS.

MAN.

EMIL.

AMAL.

JOS.

PEP.

MAN.

EMIL.

AMAL.

JOS.

GEN.

EMIL.

PEP.

EMIL.

PEP.

MAN.

PEP.

} ¡Aprobado!

Una comida que pagará él.

} ¡Aprobado!

Hombre, mire usted; hubiera preferido el duelo.

Día y sitio: á nuestro regreso y en Lhardy.

} ¡Bravo!

¡Ya siento apetito!

La idea es soberbia. Me parece que es una reparación á bien poco coste.

(¡A poco coste y en Lhardy! ¡Asesinos!) (contrariado.)

El libre cambio.

Eso es. (Con sonrisa forzada.)

No se hable más. Asunto terminado; ¿no es eso? (A don Pepito.)

¡Terminado!

(¡¡¡Gorrones!!!) (Al público.) ¡Pues ahí es nada!

Pero en fin, á lo hecho pecho;

la solución no me agrada,

mas quedaré satisfecho

si me dais una palmada.

TELON





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

*Al mejor cazador...* (dos actos).

*Militares y paisanos* (cinco id.)

*Creced y multiplicaos* (tres id., en colaboración).

*El crimen de la calle de Leganitos* (tres id., id.)

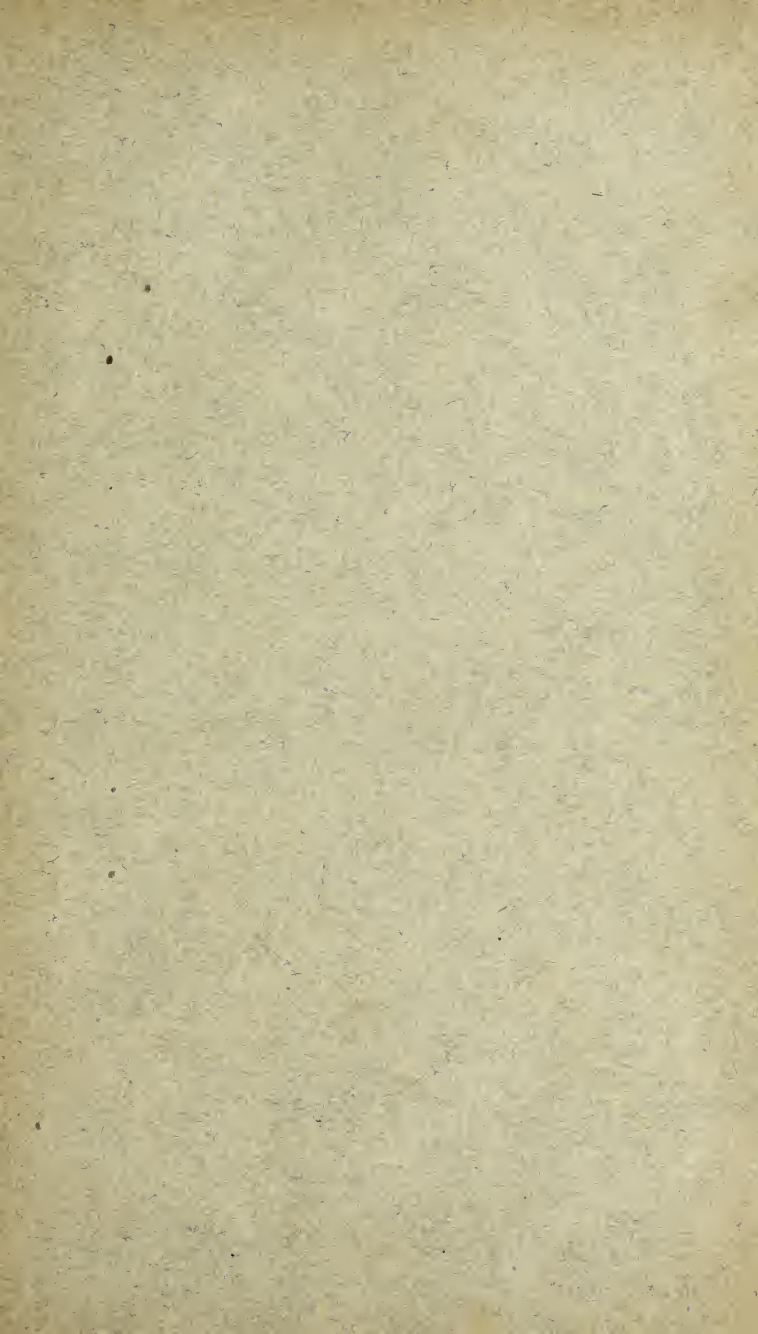
*El crimen de la calle de Leganitos* (dos id., id.)

*El obstáculo* (cuatro id.)

*La partida... serrana* (dos id., en colaboración.)

*El libre cambio* (tres id.)





# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Mu-  
villo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Espartercs, 11; de *Gutenberg*, calle del Principe, 14; de los *Sres. Simón y C.<sup>a</sup>* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

---

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.